BOLSILIBROS: BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

¡VIVA MARTE!

Clark Carrados

CIENCIA FICCION



CLARK CARRADOS

¡VIVA MARTE!

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n°
429
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS -
MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 27.410 – 1978

Impreso en España • Printed in Spain
1. ª edición: octubre. 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona • 1978

CAPÍTULO PRIMERO

El grupo de hombres permanecía en torno a la pantalla de televisión, conectada a la gran computadora, conteniendo todos ellos difícilmente sus nervios y hasta la respiración. Eran como media docena, capitaneados por uno de los más expertos lingüistas de la Tierra, el profesor Karlson, especie de pozo de ciencia en materia de idiomas, y al que se juzgaba más capacitado de todos para dirigir la operación. Karlson, en efecto, hablaba, leía y escribía correctamente treinta y cuatro idiomas terrestres, pero su inmensa sabiduría no había sido suficiente para descifrar las inscripciones encontradas pocos años atrás en unas excavaciones arqueológicas realizadas en Marte.

Hasta entonces, se había creído que el cuarto planeta del sistema solar había estado deshabitado desde el principio de los tiempos. Repentinamente, cuando se encontraron aquellas ruinas, todas las teorías sufrieron un vuelco completo. Los restos hallados indicaban una civilización sumamente próspera, con un lenguaje común, escrito y hablado, para todo el planeta, pero que, por causas desconocidas, había desaparecido infinidad de siglos antes. El polvo de los desiertos marcianos había cubierto las ruinas, y sólo cuando los viajes de la Tierra a Marte empezaron a hacerse regulares, casi al alcance de todo el mundo, fue cuando se iniciaron las exploraciones a fondo. Y entonces se hallaron las ruinas de una ciudad marciana.

Los investigadores habían tomado miles de placas fotográficas de los restos de aquella civilización sepultada por los tiempos. Habían encontrado, asimismo, infinidad de grabados en tablillas de un material, sin duda artificial, pero de aspecto semejante al granito, y de una dureza muy próxima a la del diamante, lo que le había permitido mantener, durante centenares de siglos, el aspecto primitivo obtenido en el momento de la fabricación. Ninguno de los ensayos hechos por la vía normal había dado el menor resultado para descifrar las inscripciones, por lo que, finalmente, había sido preciso recurrir al mayor ordenador de los construidos en la Tierra.

La operación estaba a punto de terminar, y los privilegiados, pero también ansiosos espectadores, se sentían terriblemente nerviosos. Por fin iba a saber cómo vivían los antiguos marcianos, cómo hablaban, cuáles eran sus costumbres, su cultura... De repente, uno de los científicos apuntó una hipótesis:

—¿Y si esas inscripciones hubieran sido hechas por los superteístas?

—Imposible —contradijo Karlson, con la autoridad que le confería su saber, poco menos que infinito—. En primer lugar, los

superteístas hablaban idiomas terrestres y, en segundo, no es seguro que los supervivientes emigrasen a Marte. La Tierra, pese a estar densamente poblada, tiene todavía regiones en las que, no ya unos cientos, sino varios miles o cientos de miles de personas, pueden pasar perfectamente desapercibidas durante siglos enteros.

—Pudieron haber inventado un idioma particular, cifrado, que sólo ellos fuesen capaces de entender.

—Aun así, habríamos descubierto raíces de idiomas terrestres. La semántica, la sintaxis, la ortografía, son elementos de un idioma difíciles de enmascarar, por más esfuerzos que se hagan y aunque se inventen nuevos signos gráficos. Este idioma, caballeros, es el auténtico marciano, el que se hablaba allí hace...

Karlson no se atrevió a emitir una fecha, ni siquiera medianamente aproximada. Las ruinas, que él había visitado personalmente, ofrecían aspecto de antigüedad muy superior al de otras ruinas terrestres: Sumeria, Babilonia, Egipto... ¿Cien, doscientos, cuatrocientos siglos?

Era imposible de saber. La solución estaba, sin embargo, al alcance de la mano, a unos pocos minutos de distancia.

De pronto, algo centelleó en la pantalla. Unas letras aparecieron súbitamente, y a todos los presentes les parecieron caracteres de fuego:

FALTA UN MINUTO PARA LA SOLUCION

De pronto, se oyó un golpe sordo. Los científicos se volvieron. Uno de ellos yacía en el suelo.

—¡Franchey!

—¡Se ha desmayado!

—La tensión ha podido con él...

El doctor Franchey se sentó. Tenía el rostro morado.

—Dispensen..., amigos. He tenido tanto tiempo contenida la respiración, que he estado a punto de asfixiarme...

Algunos de los presentes rieron. Otros bufaron coléricamente. De repente, Karlson reclamó silencio:

—Por favor, faltan sólo unos segundos.

Cesaron las risas y los gruñidos. Un silencio absoluto se abatió sobre la sala.

Y entonces, en la pantalla, apareció la solución al primer grupo de signos gráficos sometidos a descifrado. Eran dos palabras que dejaron atónitos a cuantos se encontraban en aquel lugar:

¡VIVA MARTE!

* * *

Silbando alegremente, en el cálido y confortable interior de su vehículo todo terreno, Basil Dryne contemplaba el hosco paisaje marciano, mientras se preguntaba si en aquella ocasión tendría algo más de suerte que en las anteriores.

Basil Dryne tenía treinta y cinco años, era terrestre y se dedicaba a la profesión de buscador de ruinas.

Después de los primeros hallazgos, debidos a Karlson y a su equipo, las ruinas habían empezado a surgir por todas partes, como las cerezas de un cesto. Y ello había dado origen a la profesión de buscador de ruinas.

En muchas de las ciudades muertas se encontraban objetos artísticos y utensilios marcianos de indudable valor. Dryne sabía de un colega que había tenido la suerte de encontrar un collar de oro, adornado con enormes piedras preciosas, en realidad, trozos de aquel durísimo e indestructible granito artificial, sometido, además, a un indescifrable proceso de vitrificación. El gobierno terrestre permitía la búsqueda de ruinas a particulares, a condición de que informaran en el acto de su hallazgo, y que cedieran los objetos de arte y los utensilios a museos y entidades culturales.

Alguno de aquellos buscadores de ruinas, sin embargo, se saltaban a la torera las disposiciones del gobierno y vendían sus hallazgos a particulares caprichosos y con dinero. Marte era muy grande y el capital inicial necesario para dedicarse a la profesión no era precisamente una bagatela. El coche todo terreno en que viajaba Dryne, por ejemplo, valía, puesto en el astropuerto marciano, nada menos que veinte millones de MUT (Moneda Unificada Terrestre). La gente, sin embargo, era reacia a los nombres oficiales y seguía usando los antiguos, según el país del que procedían: dólares, francos, libras..., aunque la mayoría empleaba un nombre común a casi todos los idiomas terrestres: «pavos».

El artefacto en que viajaba Dryne tenía cuatro enormes ruedas, tipo balón, convenientemente reforzadas para resistir cualquier irregularidad con aristas o puntas del terreno; tenía también una unidad de fabricación de atmósfera respirable, calefacción, radio de largo alcance, un habitáculo para cuatro personas, una bodega con víveres y agua para seis meses, elementos de cura y un completo arsenal de herramientas de todas clases. El vehículo se movía por un motor eléctrico, que recibía su fuerza de una micropila atómica, lo que, salvo averías imprevistas, le confería una autonomía limitada solamente por el agotamiento de las provisiones de boca. El agua era relativamente fácil de obtener; a pesar de la sequedad del suelo, podían encontrarse sitios donde, con un poco de esfuerzo, se conseguía extraer el líquido potable, máxime en las épocas de deshielo

de los casquetes polares. La única preocupación de Dryne estribaba en los pagos de su vehículo, del que aún debía un buen pico. Dryne, sin embargo, era un inveterado optimista y confiaba en salir adelante.

Por fortuna, consultó algunos de los instrumentos del tablero de mandos. Las indicaciones del barómetro, acomodado a la atmósfera marciana, le hicieron fruncir el ceño. Se avecinaba una tempestad.

Podía ser simplemente de polvo o acaso llovería. Si sucedía lo segundo, las tormentas marcianas de agua solían resultar devastadoras. El vehículo era grande y considerablemente pesado, pero si se encontraba en el camino de una tromba de agua, resultaría arrastrado como una pluma. Las ruedas, sin embargo, le harían flotar, pero no le librarían de choques contra las irregularidades del terreno. Y alguno de aquellos choques podía significar la catástrofe.

Las primeras volutas de polvo empezaron a formarse. Dryne buscó con la vista el lugar que le permitiera refugiarse durante la tormenta. Los vientos, no había ni que decirlo, y menos en aquella estación, vendrían del norte.

Delante de él, se abrió repentinamente una especie de desfiladero, situado entre los acantilados rocosos, de paredes casi verticales. El suelo tenía una pendiente descendente cercana al diez por ciento y, estaba bastante liso, lo que le permitió acelerar la velocidad del automóvil. A unos trescientos metros de la entrada, el desfiladero torcía hacia el oeste, casi en ángulo recto. De pronto, Dryne vio algo que le hizo latir aceleradamente su corazón.

Paró el coche. Delante de él se divisaban algunas losas de forma regular, de un metro y medio de lado. La mayor parte estaban cubiertas por el polvo y la arena, pero podía advertir claramente que había encontrado una calzada construida por los antiguos marcianos.

Y las calzadas, se dijo, siempre conducían a alguna parte.

Levantó la vista un poco. El recodo del desfiladero estaba a unos ciento cincuenta metros y no se podía divisar lo que había más allá. En aquel punto, los bordes de los acantilados estaban a unos sesenta metros de la calzada.

Y entonces, cuando se disponía a reanudar la marcha, una lámpara roja empezó a titilar en el cuadro de instrumentos.

Dryne se extrañó. Estaba solo en aquellos parajes. Aunque algunas personas conocían su posición aproximada, no esperaba, sin embargo, ningún mensaje por radio. Alargó la mano, conectó el transmisor-receptor y se dispuso a emitir su código de identificación, en realidad, la matrícula del coche. Pero antes de que pudiera decir nada, oyó una voz angustiada:

— ¡Socorro! Por favor, vengan pronto... Me estoy quedando sin aire. Apenas tengo para dos horas...

Dryne se quedó helado durante un segundo. Quedarse sin aire

era lo peor que podía ocurrirle a alguien en la superficie marciana. Sin víveres, sin agua, incluso sin calefacción, se podían aguantar algunos días. Sin aire, la muerte era rápida, pero no demasiado agradable.

—Aquí NK-733-F-2 —dijo—. Indíqueme su posición. Iré a socorrerle inmediatamente. Mi nombre es Dryne.

—Gracias, Dryne —dijo la voz—. Posición, 30° 5' 27" Norte, 19° 22'44" Oeste. Mi nombre es Vilo.

—Está bien, Vilo. Voy para allá. No rompa el contacto.

—Gracias, Dryne.

El buscador de ruinas paró inmediatamente el coche. Maniobró para virar. Cuando lo tuvo en sentido correcto, lo lanzó hacia adelante, a la máxima velocidad. Grabó aquella posición en la computadora y luego estudió los datos que le había facilitado Vilo.

Torció el gesto. La distancia era superior a los cien kilómetros. En las mejores condiciones, su coche, en una carretera lisa, podía alcanzar ciento veinte kilómetros a la hora. En Marte, las velocidades medias no solían rebasar los treinta kilómetros, en terreno abierto.

Si no llegaba a tiempo, Vilo moriría por asfixia. Había que hacer algo, se dijo.

Tomó el micrófono.

—Vilo, habla Dryne de nuevo.

—Adelante, Dryne.

—¿Tiene vehículo?

—Sí, pero he sufrido una avería...

—¿Puede moverse un poco?

—Lo intentaré.

—Busque una pared, algo que le resguarde de los vientos del Norte. Se acerca una tempestad. ¿Qué es la avería?

—Un eje roto...

—Pero el motor funciona.

—Desde luego.

—Entonces, el coche se moverá renqueando. No le importe estropear más el eje por recorrer cien metros en busca de refugio. Siga con la radio abierta. Vilo.

—De acuerdo, Dryne.

Entonces, Dryne advirtió algo en aquella voz de tonos graves y mesurados, que la transmisión por radio distorsionaba notablemente.

—Vilo, usted es una mujer —dijo.

—Mi nombre es Katryna, Dryne.

—Encantado, Katryna. Yo me llamo Basil. Animo, haga lo que le he dicho y procure respirar acompasadamente. Ahorre el máximo de oxígeno.

—Gracias, Basil.

CAPÍTULO II

La tempestad estaba en su apogeo. Chorros de arena, mezclados con ráfagas de agua, golpeaban con dureza la estructura del coche. Si ya había corrientemente poca luz en Marte, ahora, la tormenta había disminuido aún más la visibilidad. Las raquetas de los limpiaparabrisas funcionaban constantemente. Los faros taladraban las tinieblas, pero su alcance, por las circunstancias meteorológicas, resultaba muy limitado.

Dryne consultó los indicadores. Ya tenía que estar en el lugar donde se hallaba Katrina. Encendió el faro del techo y lo hizo girar en todas direcciones. De repente, lo inmovilizó en un punto determinado. Sí, allí estaba el coche averiado, al resguardo de un pequeño farallón, que no medía más de cuatro o cinco metros de altura. El vehículo aparecía sepultado, en parte, por la arena húmeda.

—Katryna —llamó.

No hubo respuesta. Dryne consultó su reloj. Desde la primera llamada a aquellos instantes, habían transcurrido ya casi tres horas. Tal vez se habían agotado las reservas de oxigeno…

Maniobró para situar el vehículo paralelamente al otro y a una distancia mínima. Dejó el faro del techo convenientemente enfocado. Entonces lanzó un gruñido de disgusto.

El coche de Katryna era terriblemente anticuado. Salvo la cabina cerrada, parecía un «todo terreno» de finales del siglo xx, aunque con las ruedas algo más gruesas. Se preguntó por qué había personas insensatas que se arriesgaban a viajar por la superficie de Marte con aquellos cacharros.

Pero, en fin, no era el momento de hacer reproches. En unos segundos, se puso un recio chaquetón de abrigo y la máscara de oxígeno. Pasó a la pequeña esclusa y saltó al suelo.

Corrió hacia el otro coche. Katryna yacía inmóvil en su asiento. La máscara de oxígeno se hallaba sobre su regazo. Dryne tanteó la cerradura de la puerta. La atmósfera de Marte era muy tenue, pero no existía el peligro de descompresión. Al fin consiguió abrir. No llamó a la mujer, ni pronunció ninguna palabra. Tiró de ella y, casi a rastras, la llevó hasta su vehículo.

Katryna no daba señales de vida. Dryne la alzó hasta la entrada de 1a esclusa. Fue una maniobra difícil; en la esclusa apenas si había espacio para dos personas. Pero no se atrevía a abrir las dos compuertas al mismo tiempo, para evitar la irrupción de agua y arena en la cabina. Una vez en el interior se quitó la máscara de oxígeno y la aplicó al rostro de la mujer.

Ella seguía inmóvil. Dryne le soltó el chaquetón y puso una

mano en el pecho. Katryna estaba fría. Claro que podía deberse a la temperatura del coche, casi idéntica a la del exterior. Pero no lograba encontrar signos de un corazón en movimiento.

Quitó los guantes de Katryna y friccionó vigorosamente sus manos, medio heladas. Miró el termómetro; señalaba 22 °C y maniobró en el termostato de la calefacción, para que la temperatura subiese tres grados más. Katrina continuaba sin dar señales de vida, a pesar del continuo aflujo de oxígeno a sus pulmones.

Dryne meneó la cabeza.

—Me parece que tendré que cavar una tumba —murmuró.

Estudió a la mujer durante unos instantes. Era joven y tenía unas facciones muy agradables. ¿De dónde había salido? ¿Adónde iba cuando sufrió la avería con aquel coche antediluviano, digno de figurar en un museo, antes que ser utilizado en un terreno tan hostil como era la superficie de Marte.

De pronto, creyó percibir un movimiento en la joven y acentuó los movimientos de fricción en sus manos.

—Vamos, Katryna, despierte...

Entonces recordó algo. Dejando a la joven en el mismo sitio, corrió a la bodega de provisiones y regresó con una botella y un vaso. Puso en éste unas gotas de brandy, quitó la máscara de oxígeno de la cara de Katryna y acercó el vaso a sus labios.

Consiguió hacerla ingerir unas gotas de licor. Entonces ella tosió.

Dryne respiró aliviado.

—Creo que está salvada.—murmuró.

Insistió para que tomase más brandy, pero, inexplicablemente, ella apretó los labios.

—Katryna, un traguito más no le hará ningún daño —exclamó.

Ella se esforzó por hacer un gesto negativo. Dryne no insistió. Las señales de recuperación eran evidentes.

Pasados algunos minutos, Katryna abrió los ojos y murmuró:

—Gracias, señor Superdiós.

Dryne parpadeó asombrado.

¿Por qué había pronunciado Katryna una frase semejante?

—Siga como está, no se mueva —aconsejó—. Está a salvo. Ya hablaremos más tarde. Permanezca quieta...

Katryna hizo un esfuerzo por sonreír.

—Usted es Dryne.

—Desde que nací —contestó él alegremente—. Oiga, está muy pálida; voy a darle otro trago de coñac...

—¡No! —dijo ella, casi a gritos—. No quiero alcohol.

Dryne arqueó las cejas.

—Hombre, no es que yo sea un beodo habitual, pero hay veces en que un par de tragos hacen la vida más agradable. Y en ocasiones,

resulta la mejor medicina.

—Por favor, no insista...

—Está bien, como quiera. Al menos, podrá tomar café; no contiene alcohol.

Katryna consiguió sentarse.

—Se lo agradeceré, Basil.

Dryne hizo un guiño.

—Está salvada y eso es lo que importa ahora —dijo—. No se mueva, antes de dos minutos tendrá una buena taza de café.

Dryne hizo trampa, porque sabía que la muchacha lo necesitaba. Katryna tosió un par de veces al tomar el café caliente, que notó extrañamente fuerte.

—Oh, le he puesto una dosis de estimulante, unas hierbas tropicales que aumentan la fuerza —dijo él, fingiendo inocencia. Pero por muy abstemia que fuese la chica, él sabía que necesitaba unos sorbos de coñac para acabar de reponerse.

* * *

La capucha había caído hacia atrás y los rubios, casi pajizos cabellos de Katryna, muy cortos, quedaban al descubierto. Las pupilas, apreció Dryne, eran muy claras. El rostro mostraba una inusitada palidez y no se debía solamente a vivir en Marte, adonde los rayos del sol llegaban desde una distancia muy superior a la de la Tierra. Pero, por el momento, no quería atosigar a la joven con preguntas.

Katryna, no obstante, parecía muy fuerte y se reponía con rapidez.

—He tenido la suerte de que captases mi llamada de socorro —dijo.

Una racha de agua, arena y viento golpeó despiadadamente el vehículo. Fuera, la tempestad rugía pavorosa.

—Has tenido suerte, pero lo cierto es que debieras haber muerto. ¿A quién se le ocurre viajar por Marte con un cacharro construido hace doscientos años, por lo menos?

—Es que no tengo otro —confesó Katryna sorprendentemente.

—¿De dónde diablos lo has sacado? Porque aquí, en Marte, ya no se ven trastos de esa clase.

—Si no te importa, preferiría callar —dijo ella.

Dryne se encogió de hombros.

—Como gustes —respondió—. ¿Vives en alguna parte cerca de este lugar? Lo digo porque no podré enviar un mensaje diciendo que te he encontrado; la tormenta hace imposible las comunicaciones por radio, para un transmisor de tan poca potencia como el mío.

—Mi gente sabe que volveré, no te preocupes.

—¿Tu... gente?

Katryna asintió en silencio. Dryne empezó a sospechar algo raro en la actitud de la joven.

En aquellos parajes, lo sabía muy bien, no había centros habitados, núcleos bajo grandes cúpulas que permitían los movimientos sin la incómoda máscara de oxígeno. Entonces, ¿de dónde había salido Katryna?

Súbitamente recordó la exclamación de gracias que ella había proferido al recobrar el conocimiento. Y la vieja leyenda del grupo de terrestres emigrados al cuarto planeta cobró vida en su mente.

—Eres una superteísta —dijo.

* * *

Katryna no negó ni afirmó. Permaneció silenciosa, mientras fuera continuaba bramando la tempestad.

El interior del coche, sin embargo, era cálido, acogedor, confortable. Katryna se había despojado ya del pesado chaquetón de abrigo. El torso era netamente femenino, con curvas muy atractivas. En cuanto al resto de su indumentaria, consistía en pantalones y botas de medía caña.

—No me contestas —le reprochó.

—¿Qué pasaría si te dijera que sí?

Dryne se puso las manos en el pecho.

—Por mí, nada. Yo soy muy liberal. Respeto absolutamente todas las creencias y todas las opiniones, por disparatadas que parezcan. Si quieres creer en la existencia de un Superdiós, por mí no hay inconveniente.

—Ese Superdiós existe —protestó ella.

—Está bien, está bien, no te voy a contradecir. Yo soy moderadamente creyente y no hago de la religión un tema conflictivo. Ni tampoco de la política, claro. Pero lo que encuentro maravilloso es que hayáis sobrevivido después de casi doscientos años.

—La lucha fue dura, pero vencimos. El Superdiós estaba con nosotros.

Dryne elevó los ojos un instante. «Y dale», pensó.

—No me cabe la menor duda. Dime, ¿importará algo que te lleve hasta donde se encuentran los tuyos? Porque ya hace mucho tiempo que en Marte hay terrestres y, hasta ahora, es la primera noticia que se tiene de la existencia de superteistas.

—Cuando llegue el momento, ya te lo diré —respondió Katryna.

—Muy bien, como gustes. Ah, ¿cuál es la expresión corriente? ¿Superdeistas o superteístas?

—Ambas significan lo mismo. No olvidemos que «Theos» es la palabra griega que significa Dios, de donde viene el teísmo. «Deus», en latín, tiene idéntico significado, y de esa palabra viene el deísmo. Lo

que interesa es la sustancia, no la envoltura.

Dryne hizo una mueca.

—No acabo de entender bien las consideraciones filosóficas —respondió—. Tampoco, es verdad, un tema que me haya preocupado demasiado.

—Eres un descreído, un ateo —le apostrofó ella súbitamente.

Dryne abrió la boca, estupefacto.

—Lo que me faltaba: una fanática —exclamó sin poder contenerse—. Oye, guapa, ¿vas por ahí propagando tu doctrina, como una misionera irreductible, y anunciando el fuego eterno para todos los que no aceptan vuestras creencias?

Katryna se sonrojó.

—Creo que soy un poco impulsiva. Discúlpame. Basil.

—Estás disculpada —sonrió él.

—Pero creo firmemente en Superdiós.

—Por mi... ¿Qué, preparamos algo de cena? ¿O hay en tu religión un veto para alguna clase de alimentos?

—No, sólo tenemos prohibido el alcohol. Y algunas otras cosas, pero no se refieren a las comidas.

—Muy bien, entonces, voy a preparar la cena. Ah, si lo necesitas, hay un pequeño cuarto de baño.

Katryna se puso en pie.

—Gracias, Basil —dijo con acento más humanizado.

Cuando encendía el fogón eléctrico de la cocinilla, Dryne meneó la cabeza.

—Es lo que me fallaba: una fanática —murmuró—. Pero, al menos, no se puede negar que es guapa de veras, sí, señor.

Katryna salió minutos más tarde. La cena estaba ya sobre la mesa. Ella demostró poseer un excelente apetito.

—Es la primera vez que pruebo alimentos procedentes de la Tierra —declaró.

Dryne tenía ante sí una botella que contenía un líquido de color rubí algo oscuro. Llenó parte de un vaso, tomó un sorbo y chasqueó la lengua.

—¡Buen vino! —elogió.

—Vino —se sofocó Katryna.

—Sí. No tiene nada de pecaminoso, excepto si se bebe en grandes cantidades. Pero incluso los médicos recomiendan un vasito de buen vino en cada comida. —Y fingiendo no darse cuenta de la expresión de escándalo que aparecía en el rostro de Katryna, añadió —: Por cierto, no te he preguntado qué hacías sola en estos parajes cuando se te estropeó el coche.

—Hay filtraciones de agua en..., en nuestro mundo. Yo trataba de localizar el origen de esas filtraciones. Soy geólogo, ¿sabes?

—Oh… Pero eso quiere decir que vivís en subterráneos…

—Sí.

—Y…, y no…, ¿no os sentís deprimidos por tener que vivir como los topos?

—En absoluto, Basil. Por cierto —le remedó—, tú tampoco me has dicho qué haces por aquí.

Dryne torció el gesto.

—Katryna, delante de ti tienes al buscador de ruinas más desgraciado del mundo —contestó.

CAPÍTULO III

Durante dos días rugió la tormenta con fuerza apocalíptica. Al finalizar el tercero, empezó a amainar. No lejos del lugar donde se hallaba el vehículo había una torrentera por la que bajaba el agua con tremenda velocidad. Sólo al cuarto día cesó el viento y la arena dejó de moverse. Todavía llovió un poco, pero la subida del barómetro se notó bien pronto.

—Los tuyos te creerán perdida —dijo Dryne, cuando se equipaba para salir al exterior.

—No te preocupes; saben que puedo desenvolverme en los ambientes más hostiles —respondió ella.

—Lo celebro.

Dryne se encaminó a la esclusa con una pala en la mano. Más de la mitad del vehículo estaba sepultado por la arena. Aunque quizá podía moverse, utilizando la potencia de su motor, prefería, sin embargo, no someterlo a esfuerzos que pudieran causarle algún daño. Katryna le preguntó por qué lo hacía y él se lo explicó.

—Cierto que, en caso necesario, podría pedir socorro por radio y me enviarían un equipo de reparaciones, con un motor nuevo, porque está cerrado en un bloque sellado y no se puede abrir. Pero eso costaría una cantidad de «pavos» de la que no dispongo por el momento. Tal vez cuando encuentre algunas ruinas productivas…

La tarea de despejar las ruedas le llevó casi dos horas. Al terminar entró en la cabina y puso en marcha el motor.

El vehículo se movió satisfactoriamente.

—Ahora tendréis más goteras en vuestro mundo —sonrió Dryne.

—Será preciso tomar alguna determinación, aunque eso depende ya del consejo de gobierno.

—Ah, hay gobierno y todo…

Hasta entonces, Katryna no había sido muy expresiva en cuanto se refería a su forma de vida en Marte, y casi le extrañó oír mencionar un organismo semejante.

—Claro. Alguien tiene que gobernar, me parece. ¿O no sucede lo mismo en la Tierra?

—Sí, desde luego.

La luz roja de la radio se encendió en aquel instante. Dryne se sintió sorprendido por la llamada.

—¿Quién es? —preguntó, después de citar su cifra de código.

Un vozarrón atronador penetró en la cabina.

—Estás vivo, Basil —dijo el individuo—. Tienes siete vidas como los gatos, ¿eh?

—¡McInnes! —exclamó Dryne.

—El mismo. ¿Dónde te encuentras? He oído que te llamaban por radio y que no contestabas. Me imagino que estarías en dificultades... ¿O has encontrado algo que merezca la pena?

—Ha habido una tormenta, si lo recuerdas, Mac —contestó Dryne, rígidamente.

—Muy bien. Entonces, si no te ha pasado nada, te felicito. Nos veremos en Terraport, me imagino.

—Quizá. Gracias por tu interés, Mac. ¿Algo más?

—No. Adiós.

Dryne cortó la comunicación en el acto.

—Parece que no te gusta ese tipo —observó Katryna.

—Hay buscadores de ruinas y piratas de las ruinas. Horus McInnes pertenece a la segunda especie.

—Un pirata —respingó ella.

—Y muy capaz de eliminar a cualquiera que haya encontrado algo interesante, sí tiene posibilidad de hacerlo sin ser descubierto. Horus McInnes y su banda disfrutan de una fama pésima, completamente merecida. Se rumorea que han cometido incluso algunos asesinatos..., pero en Marte hay sitio de sobra para enterrar a un hombre sin que se encuentre jamás su sepultura.

—Eso no sucede entre nosotros, Basil. No conocemos los crímenes, ni el robo, ni la inmoralidad...

—Una vida paradisiaca, vamos.

—La que deseamos exactamente. ¿No te gustaría a ti vivir de esa forma?

Dryne hizo una mueca.

—¿Entre fanáticos? No, gracias —contestó—. No hay nada más repugnante que el fanatismo, sea del signo que sea.

—Nosotros tenemos razón...

—Sí, claro, claro —dijo él precipitadamente—. Hay un Superdiós y sanseacabó. Katryna, si quieres que seamos buenos amigos, por favor, dejemos este tema tan vidrioso a tu lado. Yo respeto tus creencias, aunque me disgusten, pero tú debes hacer lo mismo conmigo.

—Sigues siendo un descreído.

Dryne se encogió de hombros.

—Estás equivocada, pero no voy a tratar de sacarte de tu error —respondió.

La atmósfera estaba completamente despejada, aunque las huellas de la tormenta se notaban por todas partes. Dryne se felicitó que ello hubiera ocurrido en el verano marciano. De haber estado en invierno, los resultados podrían haber sido catastróficos. El agua hubiera sido nieve y... No, más valía no pensar en ello.

Katryna le había marcado el rumbo y Dryne lo siguió

puntualmente, aunque con las correcciones que eran precisas, cuando debían dar un rodeo para evitar algún obstáculo. Al fin, unas tres horas más tarde, ella indicó que ya podía parar.

—¿Aquí? —se asombró él.

—Sí. Seguiré a pie.

La joven empezó a ponerse la máscara de oxígeno, recargada con los repuestos de su propio coche. Dryne permaneció atónito.

Estaba justamente en el mismo sitio que se encontraba al recibir la llamada de socorro, a la entrada del desfiladero.

¿Era allí donde se hallaba la entrada al mundo subterráneo habitado por los superteístas?

Katryna recogió la bolsa en que había colocado alguno de sus objetos personales. Alguien volvería más tarde para reparar el coche.

—Muy bien, entonces, ha llegado ya la hora de la despedida —sonrió Dryne, a la vez que accionaba el mando de la esclusa.

Sentía deseos de estirar un poco las piernas y se puso el equipo adecuado para salir al exterior. Minutos más tarde saltaba al suelo.

Katryna estaba frente a él. De pronto, metió la mano en la bolsa y sacó una pistola.

—Lo siento, Basil, pero no tengo otro remedio que matarte —anunció fríamente.

* * *

De no haber llevado la máscara puesta, Dryne habría abierto la boca estúpidamente, pasmado de asombro por la inesperada actitud de la muchacha. La pistola era del tipo anticuado, ciertamente, pero tan efectiva como una del último modelo.

—¡Te has vuelto loca! —barbotó cuando, un segundo después, pudo recobrar el habla—. ¿Ese es el pago que vas a darme, por salvar tu vida?

Ella pareció vacilar un momento.

—Lo siento, pero nadie debe saber...

—Has hablado con alguno de los tuyos, ¿verdad?

En aquel crítico momento, Dryne recordaba que Katryna había estado un buen rato en su coche, preparando lo que debía llevar consigo a su vuelta. Él no se había preocupado en absoluto de lo que hacía la muchacha y sin duda Katryna se había puesto en contacto con los suyos para anunciar que seguía con vida. Entonces era cuando había recibido la orden de suprimir al testigo molesto.

—Por favor, no me obligues...

Dryne avanzó un paso. Sacó el pecho.

—Mucha religión, pero poca piedad —dijo—. Vuestros antepasados emigraron de la Tierra, debido al fanatismo de ciertos grupos de gentes que querían suprimir a otros que no pensaban como

ellos en materia de religión. Pero ahora vosotros sois como aquellos que os hicieron abandonar la Tierra, tan fanáticos unos como otros. Realmente, me das asco.

— ¡Basil! —gritó la muchacha.

Súbitamente, Dryne disparó la mano y golpeó la pistola, que salió volando por los aires. Katryna se tambaleó. Dryne la agarró un instante por el cuello. Sentía deseos de estrangularla.

—Vete —dijo con acento lleno de rabia—. Vete y ojalá no tengas que encontrarte otra vez en un apuro semejante, porque si pides socorro y te oigo, dejaré que te mueras como un perro rabioso.

La empujó con fuerza y ella rodó por tierra. Dryne se acercó a la pistola y, tras recogerla, la lanzó con todas sus fuerzas. El tercio de gravedad marciano le permitió un lanzamiento de más de cien metros.

Volvió la espalda. Ni siquiera se despidió de la muchacha. Subió al coche, arrancó, dio media vuelta y se alejó a la máxima velocidad permitida por el terreno.

Sentíase defraudado, disgustado. Pese a sus absurdas creencias, había llegado a tomar cierto afecto a la muchacha. El fanatismo que ella mostraba era resultado, indudablemente. de la rígida educación recibida en el mundo subterráneo en que vivía. Por cierto, ¿cómo sería aquel mundo situado en el subsuelo marciano? Nunca, sin embargo, habría supuesto el fanatismo llevado a tales extremos. La decepción era muy grande.

Pero se rehízo muy pronto.

—¡Bah, que se vaya al diablo! —exclamó. Conectó la radio. Una emisora transmitía alegres melodías. Empezó a silbar. Pronto encontraría unas ruinas y…

Cuatro semanas más tarde, contempló, con ojos arrobados, la pesada vasija de oro, con incrustaciones de piedras preciosas, hallada en el interior de una casa deshabitada tal vez desde hacía doscientos mil años. El granito artificial, «diamantizado» por procedimientos que aún no se habían descubierto, alcanzaba precios altísimos en el mercado. A ello era preciso añadir el valor del metal dorado, pero, más todavía, el indiscutible valor artístico de la jarra, con una vaga forma de ánfora romana, aunque con contornos netamente diferenciados, debido a la extinguida raza de artífices marcianos. Con aquella vasija, pensó, tenía más que suficiente para saldar sus deudas. Incluso podría irse una temporada a la Tierra, a disfrutar de unas vacaciones que estimaba más que merecidas.

Continuó excavando. Un poco más tarde encontró una pila de tablillas metálicas, llenas de grabados. Había oído decir que por fin un tal profesor Karlson había conseguido descifrar el lenguaje primitivo marciano. La fundación a la que pertenecía Karlson pagaría bien aquellas tablillas.

Todavía encontró más cosas: una valiosa pulsera, cuyos eslabones eran círculos de granito «diamantizado», de color topacio, unidos por finos anillos de oro y un par de sortijas ricamente labradas.

—Por lo visto, los antiguos marcianos también eran aficionados a la ostentosidad y el lujo —murmuró.

Guardó las joyas en un saco que había llevado en prevención. De pronto, reparó en un enorme montón de arena, que alcanzaba más de cuatro metros de altura.

Estaba en el interior de un edificio, del que todavía quedaba parte del techo. La arena parecía cubrir la entrada a alguna de las estancias del edificio. Al tantearla con la mano, observó su dureza. Tal vez se había formado costra con el paso de los tiempos, supuso...

En todo caso, no podía apartar varias toneladas de arena, sin una herramienta especial. Pero su coche estaba bien equipado para la tarea de buscador de ruinas. Cargado con el saco, dio media vuelta en busca de la salida. Prepararía la herramienta y...

De súbito, se alzó una nubecilla de polvo a sus pies.

La tenuidad de la atmósfera marciana no impedía, sin embargo, la propagación de los sonidos. El estampido del disparo llegó a sus oídos una fracción de segundo después. Antes de que transcurriera por completo la sesenteava parte del minuto, ya había saltado hacia atrás, esquivando así el segundo disparo, que traspasó raudamente el umbral de la puerta, estrellándose contra el montón de arena.

Furioso, Dryne dejó el saco en el suelo. Aunque tenía un rifle, estaba en el coche, a veinte pasos de distancia. El tirador hacía fuego desde un punto muy favorable. No podría llegar al vehículo sin riesgo de ser herido o muerto. De no haberse precipitado en el primer disparo, podría haber conseguido su objetivo, especuló, mientras maldecía su impotencia entre dientes.

Para hacer una prueba, vació el saco de su contenido y lo agitó un poco ante el hueco. Una bala lo perforó casi en el acto. Entonces, Dryne se dijo que debía empezar a pensar en una solución para salir del atasco en que se hallaba.

Volvió la cabeza. El montón de arena llegaba casi hasta el techo de la habitación. Había un hueco en el mismo, situado a metro y medio del final de aquel medio cono que era la arena acumulada en el edificio.

Valía la pena intentarlo.

Retrocedió y, con un pequeño pico que había llevado consigo, talló rápidamente algunos escalones de la aguda pendiente. Luego subió cosa de dos metros y medio, alargó las manos y se hizo a pulso. Al atravesar el hueco, se tendió en lo que ya era suelo. El tirador se hallaba situado hacia el Noroeste, de modo que se arrastró en dirección opuesta, para saltar al suelo por el otro lado.

Alcanzó la esquina de la casa. Su coche estaba ahora en mejor posición. Maldijo de nuevo. A pesar de todo, aún podía ser visto. Tal vez alcanzaría el vehículo, pero no tenía deseos de que un proyectil pudiera causarle una avería, tal vez irreparable.

De repente, vio a lo lejos una figura que se incorporaba y echaba a correr. Segundos después, se percató de que su atacante subía a un coche e iniciaba la huida con toda rapidez.

Dryne se sintió estupefacto. ¿Por qué escapaba aquel sujeto?, se preguntó.

—Debe de ser uno de los granujas de McInnes —murmuró para sí.

El coche fugitivo se había ocultado tras una enorme duna, apenas entrevisto. Para Dryne el comportamiento de su atacante resultaba incomprensible.

De pronto, vio a su izquierda una nube de polvo que se movía en dirección a las ruinas. ¿Qué diablos sucedía?, se preguntó, desconcertado.

Para no ser sorprendido de nuevo, fue al coche y sacó el rifle. Segundos después podía captar más detalles del vehículo que se acercaba. Era idéntico al suyo, aunque de tamaño mucho mayor y, por lo tanto, con superior capacidad de carga y pasaje. A pie firme, aguardó la llegada de los desconocidos.

Unos minutos más tarde vio en el costado del coche que llegaba a buena marcha, una figura harto conocida de todos los buscadores de ruinas. El propietario del vehículo era, aparte de otras cualidades, bastante fanfarrón. Alguien le había llamado una vez buitre y él había ordenado pintar uno a cada costado del coche.

Del autor del insulto no se tenían noticias desde hacía mucho tiempo.

El coche se detuvo y sus ocupantes, hasta seis, empezaron a saltar uno a uno. El primero en poner el pie en tierra fue Horus McInnes, gigantesco, de enmarañada cabellera rojiza. Si no llevaba barba, era porque nadie, en Marte, se la dejaba crecer. La barba impedía el perfecto ajuste de la máscara de oxígeno, pero Dryne sabía que a McInnes le habría gustado poder usarla, como los piratas de la antigüedad.

Detrás de su jefe, desembarcaron los restantes miembros del grupo: François Duval, Hamed Ben-Sheik, Turkestán Rachid, Pete Potter y Andy Marlbury. Cinco perfectos buitres, tan voraces como el hombre que dirigía la banda con mano de hierro.

CAPÍTULO IV

—Nos pareció oír tiros —dijo McInnes—. ¿Estabas en algún apuro. Basil?

—Son ilusiones tuyas, Horus —contestó el joven fríamente—. Nadie ha disparado un tiro en este lugar.

—Pero tienes el rifle en las manos.

—Simple precaución, Mac.

—No te fías de nosotros, ¿eh?

—Conoces la ley, supongo.

—Nunca la ignoro —respondió McInnes plácidamente—, ¿Has encontrado algo?

—Será mejor que sigas tu camino. Hay más ruinas en Marte —contestó Dryne con frialdad.

McInnes sonrió bajo la máscara.

—¿Vale la pena? —preguntó.

De pronto, Marlbury empezó a deslizarse a su derecha, en dirección a la entrada del edificio. Dryne volvió su rifle hacia él.

—Atrás, Andy —ordenó secamente—. No me obligues a romperte una pata de un tiro.

—Hombre, yo sólo quería echar un vistazo...

—Estas ruinas me pertenecen. ¡Fuera!

—Caramba, Basil —protestó McInnes—. Nos pareció que estabas en un apuro...

—Gracias por tu interés, pero lo mejor que puedes hacer es seguir tu camino.

—Las ruinas son muy importantes —adujo el gigante.

—La ley me atribuye un círculo de un kilómetro de diámetro, en torno al lugar tomado como centro, precisamente, este sitio en que nos encontramos. La ley me permite defender mi propiedad también por todos los medios, Mac. No la ignores, te lo aconsejo.

McInnes hizo un gesto desdeñoso, con la mano enguantada.

—Bah, ya encontraremos otras ruinas —dijo—. ¿Cuándo tomamos unas copas juntos en Terraport? Han traído un vino terrestre delicioso...

—No sé cuándo volveré, pero, desde luego, puedes tener una cosa por segura: no bebería contigo ni un trago de agua que me salvase de morir de sed.

McInnes emitió una risita de tonos bajos.

—Nunca nos hemos avenido tú y yo —dijo—. ¿Por qué será así, Basil?

—Mira la insignia de tu coche, y quizá encuentres la explicación.

—Sí, es probable.

McInnes empezó a girar en redondo. Al mismo tiempo hizo un guiño disimulado al último de la hilera semicircular. Era Duval.

Duval contestó con un gesto análogo. Dryne no captó el silencioso intercambio de mensajes. Cuando vio que Duval sacaba su pistola, era ya tarde.

En el mismo instante, sonó un estallido. Duval tiró el arma a lo alto, retrocedió un par de pasos, giró en redondo y se desplomó de bruces, con la lentitud propia de las caídas en un planeta con gravedad equivalente a un tercio de la normal.

McInnes se volvió, terriblemente sobresaltado. Contempló un instante el cuerpo de su subordinado y luego fijó los ojos en Dryne.

—Eres rápido —dijo entre dientes—. Vamos, cargad con esa carroña. Ya lo enterraremos el alguna parte.

Dryne prefirió guardar silencio. Los piratas izaron a pulso el cadáver de Duval. Unos minutos más tarde, el coche con la insignia del buitre se había perdido de vista.

Entonces, Dryne dio media vuelta y miró hacia la entrada de las ruinas. Una figura salió al exterior. A pesar de la máscara de oxígeno, Dryne reconoció en- el acto a Katryna.

* * *

La muchacha tenía en las manos un rifle, aunque de tipo mucho más antiguo.

—Estamos en paz —dijo fríamente.

—Antes quisiste matarme.

—Sólo disparé unos tiros de aviso.

—Eres incomprensible, Katryna. ¿Por qué diablos querías matarme?

—Sí lo hubiese querido, ¿no crees que a estas horas no estaríamos hablando frente a frente?

—No acabo de entender...

—Tampoco hace falta.

Dryne entornó los ojos.

—Apuesto algo a que, en lugar de escapar, diste media vuelta para sorprenderme por detrás —dijo.

—Me hubiera marchado, pero vi un coche que se acercaba a las ruinas. Simplemente, me entró curiosidad por ver qué sucedía.

Dryne hizo un gesto con la cabeza.

—Por una vez, hay que bendecir la curiosidad femenina —dijo —. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Volveré con los míos. Diré que te defendiste, y que me vi obligada a escapar.

—Es decir, siguen forzándote a que me mates.

Katryna guardó silencio. Dryne se acercó a ella y la cogió por un brazo.

—¿Por qué no te sinceras conmigo? ¿Temes acaso que revele vuestro secreto? ¿Es eso lo que quieren los miembros de vuestro consejo de gobierno? ¿Matar al único hombre que puede afirmar que la leyenda de los emigrados superteistas es realidad?

Katryna guardaba silencio. Dryne le lanzó el último apóstrofe:

—Si de veras tenéis fe en vuestras creencias, si pensáis que vuestra fe es la única verdadera, ¿por qué no abandonáis el mundo subterráneo y os presentáis a cara descubierta para propagar vuestra religión? Los tiempos de intolerancia han pasado ya; a nadie le preocupa lo que crea o piense otra persona, con tal de que sus creencias y opiniones sean respetadas. Nadie os perseguirá, nadie os acusará de ningún delito... Entonces, ¿por qué seguir en el fanatismo repugnante?

Ella se irguió de pronto.

—¿Has terminado ya? —preguntó.

—Sí, creo que no tenemos nada que hablar —respondió Dryne, visiblemente malhumorado.

—Entonces, adiós.

Katryna giró sobre sus talones, pero de repente se detuvo.

—Has encontrado algo de valor, supongo —dijo.

—Sí, bastante.

—Y podrás pagar tus deudas.

—Eso espero, aunque todavía no he terminado aquí.

La muchacha vaciló un instante.

—¿Puedo quedarme? —Se dio cuenta de que había cierta aprensión en el buscador de ruinas y le tendió su rifle—. No pienso disparar más contra ti —añadió.

Dryne esbozó una sonrisa.

—Está bien —dijo—. Puedes quedarte y ver cómo trabaja un buscador de ruinas.

* * *

La perforadora tenía suplementariamente un extraño artefacto, movido por la energía del motor del vehículo. La arena que pulverizaba el trépano era aspirada por un potente ventilador, prolongado en una manguera que arrojaba la arena del edificio. De este modo, la labor se simplificaba enormemente, aparte de la nada desdeñable ventaja que suponía emplear un menor tiempo en el trabajo.

Una hora más tarde, la arena había desaparecido. Dryne y la muchacha divisaron una pared de oscuro granito, en la que se veían los contornos de una puerta de regulares dimensiones.

La puerta era de metal, con apariencia de bronce. Dryne vio una especie de picaporte y lo hizo girar.

Las bisagras rechinaron. Dryne buscó un engrasador y las aceitó. Al cabo de un par de minutos pudo abrir la puerta sin grandes esfuerzos.

Entonces contemplaron un espectáculo que les dejó sin aliento.

—Dios mío —exclamó Dryne, sin poder contenerse.

—Se dice Superdiós...

—Vete al diablo —contestó él, de mal talante.

Avanzó unos pasos. En el lecho, de oro macizo, adornado con infinidad de gemas marcianas, se divisaban todavía algunas hilachas de ropa, que se convirtieron rápidamente en polvo. A la izquierda había una estantería de losas de piedra, en la que se veían numerosos objetos de adorno.

Dryne avanzó unos pasos, cogió un vaso de singular belleza y se lo entregó a la muchacha.

—Toma, llévatelo como recuerdo.

Katryna rechazó el obsequio.

—Gracias, no lo quiero —dijo secamente.

—¿Por qué? Hay más...

—Los lujos están proscritos entre nosotros, los superteistas.

—Bueno —dijo él, conteniendo difícilmente su enojo—, no tomes el vaso como objeto de lujo, sino simplemente para adornar tu habitación, para poner algunas flores... si es que hay flores en vuestro mundo... Está bien —añadió, al ver que Katryna persistía en sus negativas—, no te lo quedes, si no quieres. Pero yo pienso hacerme rico con este hallazgo.

—Y te marcharás a la Tierra —dijo Katryna.

—Indudablemente. Ahora regresaré a Terraport y depositaré todo lo hallado en un Banco especial que hay para estos casos, junto con una detallada descripción de cada objeto, a la que se unirán varias fotografías tomadas desde distintos ángulos. El Banco ya me concederá un crédito importante, teniendo en cuenta de que dispone de sus propios asesores científicos en todas las ramas del saber, y pueden calcular, muy aproximadamente, qué personas o entidades estarán dispuestas a comprar mis hallazgos. El resto será una simple operación financiera, cuyo final puedo esperar tranquilamente en la Tierra.

—Rico y sin preocupaciones.

—Exactamente.

—Eso significa que te irás de Marte y no volveremos a vernos.

—Probablemente.

Katryna calló un segundo. A Dryne le pareció que la muchacha tenía los ojos húmedos. ¿Acaso le disgustaba la idea de su marcha?

—Aguarda un momento —dijo él repentinamente—. Voy a darte

algo para que te acuerdes de mí.

Buscó en el saco y le entregó una de las sortijas.

—Esto no es mucho lujo, que digamos —añadió.

Katryna vaciló un instante. Luego aceptó el obsequio.

—Tendré que esperar a encontrarme en lugar despejado, donde no necesite utilizar guantes —manifestó.

—Como quieras. Yo voy a terminar de vaciar la estantería. Puede que algunos estimen que es un saqueo, y lo sería si quedasen supervivientes de los primitivos marcianos, pero puesto que todos están muertos, no hay por qué sentir remordimientos.

—Si no lo haces tú, lo hará otro, ¿verdad?

—Justamente.

Dryne se aplicó a la tarea inmediatamente. Jarras, platos, bandejas, cuchillos, todo hecho en materiales nobles con un arte inimitable, fueron a parar a sus sacos. Faltaba sólo una especie de jarra, con asa, muy angosta, como una botella, y aunque no era de oro tenía ciertos grabados que resultaban muy interesantes. Agarró el asa y tiró, pero la botella permaneció en su sitio.

Frunció el ceño. No tenía excesivo interés por la botella, pero le intrigó que estuviese adherida a la estantería, al contrario de lo que había sucedido con los demás objetos. Volvió a tirar y entonces se oyó un fuerte chasquido.

— ¡Cuidado, Basil! —gritó Katryna, alarmada.

Dryne retrocedió un paso. Lleno de asombro, vio que la pared en la que se hallaba la estantería empezaba a deslizarse silenciosamente a un lado.

CAPÍTULO V

Era algo sorprendente. Al otro lado de la pared que se había descorrido casi por completo, se divisaban dos construcciones artificiales, absolutamente idénticas, situadas en una vasta estancia en la que, a pesar de los cientos de siglos transcurridos, no había entrado una sola mota de polvo. Dryne pudo apreciar que el lugar estaba en las mismas condiciones que cuando algún moribundo marciano cerró la estancia, mediante aquella pared secreta, para esconder... ¿qué secretos?

Lentamente, dio unos pasos en el interior. Aquellos aparatos tenían un cierto aire de cabinas telefónicas, pero de tamaño muy superior. En uno de ellos habrían cabido sin dificultad media docena de cabinas corrientes. Además, la parte superior era semiesférica, transparente, como el resto de la estructura externa. Se divisaba una puerta, aunque no se veía en ella cerradura ni otro elemento de apertura. En el interior había una especie de plataforma, situada a medio metro del suelo del aparato, y de unos cuatro metros de diámetro.

El conjunto estaba sostenido por cuatro patas cortas, muy gruesas, cilíndricas, de un vidrio oscuro, opaco. Al fondo, en otra pared, se divisaba un extraño cuadro de mandos, cuyos instrumentos se sintió Dryne incapaz de descifrar. El suelo, techo y paredes estaban impecablemente limpios, y eran de color verde claro, ligeramente gris. Frente al cuadro de mandos había un par de sillones metálicos. Eso era todo.

Durante unos minutos. Dryne y la muchacha permanecieron silenciosos, incapaces de pronunciar una sola palabra. De pronto, él avanzó hacia el cuadro de mandos.

—¡Quieto! —gritó Katryna.

Dryne se detuvo en el acto, y volvió parcialmente la cabeza.

—¿Qué sucede?

—Basil, son aparatos construidos por los paleomarcianos, y no conocemos su objeto ni la forma de hacerlos funcionar. Quizá, si tocas alto, puedas provocar una catástrofe... Si estaban tan bien guardados, era porque sus constructores no querían que los tocasen manos ignorantes.

—Puede que tengas razón —convino él pensativamente—. Si, será mejor dejar todo esto tal como lo hemos encontrado. Un día, sin embargo...

De pronto, divisó un hueco en la pared. Había allí algo así como medio centenar de hojas metálicas, unidas en forma de libro, con

numerosas inscripciones en la lengua marciana primitiva.

Dryne observó que las hojas eran de metal corriente, similar al acero. Miró hacia los aparatos. ¿Era, acaso, el manual de instrucciones?, se preguntó.

Alguien, quizá, le sacaría de dudas. El profesor Karlson, pensó, mientras retrocedía. Al franquear el límite de la estancia, la pared volvió silenciosa y automáticamente a su posición primitiva.

Dryne se volvió hacia i?, muchacha.

—Esta habitación encierra secretos muy interesantes —dijo—. Lo mejor será dejar todo tal como está.

—Echa algo de arena delante de la otra puerta —aconsejó ella.

—Sí, tienes razón.

Esta vez, el aspirador de la perforadora sirvió para la operación inversa. Dryne trabajó largo rato, hasta que la casa entera quedó sepultada prácticamente. Tenía nota de su situación, y no podría perderse cuando volviese a aquel lugar. La cama de oro, por su volumen, había sido sujeta a una especie de baca, situada en la trasera del vehículo. Los demás objetos estaban en el almacén interior.

Al terminar, Dryne se encaró con la muchacha.

—No sé cuándo volveremos a vernos —dijo—. Pero si un día decides abandonar tu vida en ese mundo subterráneo... Bueno, quiero decir que no me importan tus creencias superteístas. ¿Entiendes?

—Sí, Basil —contestó ella, con voz tensa.

—Quizá esté en Marte, si decides buscarme algún día, quizá no. Si estoy en la Tierra, pregunta en el Red Planet Hotel. Allí te darán mí dirección.

—Lo tendré presente.

Dryne alargó su mano enguantada.

—Bueno, sólo falta ya la despedida... Suerte, Katryna.

—Suerte, Basil.

El joven trepó a su automóvil. Desde allí, contempló unos instantes la silueta de la muchacha, que se alejaba en busca de su vehículo, situado al otro lado de la casa. ¿Volvería a verla algún día?

Dio el contacto. Katryna seguía siendo una fanática. Ahora estaba un poco emocionada, nada más. Cuando volviese con los suyos, ya se le habría pasado todo. Arrancó, viró casi en redondo y tomó la ruta de Terraport.

Una hora más tarde, vio el centelleo de la lámpara de llamada. Abrió la radio.

—NK-733-F-2, Basil Dryne —dijo—, ¿Quién llama?

—Basil, soy yo. Estoy viendo un coche sospechoso cerca de la ruta que sigues. Ten cuidado.

—¿Cómo?

—Me disponía a remontar una loma, cuando los vi en el fondo

de una pequeña vaguada. Ellos parecen vigilar la ruta que debes seguir. Con unos prismáticos, he podido ver la insignia del buitre. Anota su posición, por favor.

—Gracias, Katryna.

Ella citó las coordenadas geográficas, con precisión de décimas de segundo de arco. Dryne le dio las gracias. Había resultado providencial que las rutas de ambos, al menos en los primeros trechos, fueran casi paralelas.

—Elude el contacto —aconsejó Katryna.

—Te llamaré dentro de un rato. No te acerques.

Dryne paró el coche un momento y puso en funcionamiento la computadora geográfica. Un mapa apareció de inmediato en la pantalla, mostrando los accidentes de la zona señalada por la muchacha. Sí, Horus McInnes se tenía merecido el apodo. Como un buitre, era capaz de aguardar horas y aún días enteros, esperando el momento más apropiado para caer sobre su presa.

* * *

En el interior del coche, cuatro piratas entretenían la espera jugando a los naipes. El quinto, Turkestán Rachid, era el encargado de la vigilancia.

—Estoy empezando a cansarme —se quejó Ben-Sheik.

—Calma, muchachos, Dryne vendrá —aseguró McInnes, mientras, disimuladamente, metía un as en su mano de juego.

—No esperaremos más de veinticuatro horas —rezongó Potter —. Sí no aparece en ese plazo, significa que ha tomado otra ruta para ir a Terraport.

—Pete, tú no sabes si tienes sesos o puré de judías dentro de tu cabezota. Estoy seguro de que Dryne ha encontrado algo que vale la pena. Lo sé de muy buena tinta; está empeñado hasta el cuello, y le conviene llevar las piezas de valor al Banco, para obtener un crédito. Y debe hacerlo cuanto antes, ¿entiendes?

Potter hizo una mueca. Cuando McInnes abatió sus cartas, soltó un taco.

—Como de costumbre, haciendo trampas—dijo disgustadamente.

McInnes soltó una atronadora risotada.

—Hombre, si no fuese el jefe... De algo me sirve el cargo, ¿no?

Repentinamente, se oyó un tremendo estallido.

El coche se ladeó. Otra detonación sonó casi a renglón seguido. La segunda rueda perdió el aire, en cuestión de segundos.

En el interior del coche se produjo un movimiento de pánico, mientras las explosiones continuaban sacudiendo el vehículo.

—¡Nos tirotean!

—¿Quién es el hijo de puta...?

—¿Quién diablos quieres que sea, sino el cabrón de Dryne? —contestó McInnes. estallante de furia.

Durante un minuto, las cuatro enormes ruedas estuvieron sometidas a un fuego implacable por parte del atacante, situado en una loma que había a unos doscientos metros de distancia. Ninguno de los piratas se atrevió a salir al exterior, temeroso de recibir un disparo. Se encontraban en clara desventaja, y la reacción, por el momento, resultaba imposible.

La cólera de McInnes, además, tenía otros motivos. Un disparo en una rueda era una avería fácil de reparar, incluso por los medios automáticos del coche. Pero cuando en cada neumático había una docena de impactos, el vehículo resultaba absolutamente inservible. Simplemente, había que tirar las ruedas.

La radio del coche sonó de pronto.

—¡Mac!

McInnes agarró el micrófono con rabia.

—¿Eres tú, hijo de perra?

Dryne rió alegremente.

—Tendrás que llamar a Terraport, y pedir que te traigan cuatro ruedas nuevas. No va a resultar barato precisamente. Antes de que lleguen los repuestos, pasarán algunos días. Adiós, Buitre.

McInnes lanzó una espantosa imprecación. Pero Dryne ya no le escuchaba. Había cambiado la frecuencia de radio.

—Katryna, ya he terminado —informó.

—¿Estás bien? —preguntó ella ansiosamente.

—Perfectamente. Los otros también. Ahora, en lugar de ruedas, tienen esponjas.

—Se las has llenado de agujeros —rió ella.

—Exactamente. Gracias por el aviso, Katryna.

Ella demoró un instante su respuesta. Luego dijo:

— Buena suerte y buen viaje a la Tierra, Basil.

—Gracias. Adiós, Katryna.

Ya no hubo más palabras. Dryne cerró la radio y miró a lo lejos. En algún lugar se hallaba el mundo de los superteístas. ¿Por qué no se atrevían a salir fuera? ¿Por qué no querían vivir como los demás humanos, cualesquiera que fuesen sus opiniones o creencias religiosas?

Tristemente, reanudó el camino de vuelta a Terraport.

* * *

La mujer le miró con ojos brillantes, cuando se disponía a salir del hotel. Era morena, de formas sensuales y tenía unos ojos que, en ocasiones, parecían despedir fuego.

—Estoy muy quejosa de ti, Basil —dijo Sylvia Gregory.

Dryne la miró fijamente.

—¿Acaso me consideras un tipo insolvente? —preguntó.

Sylvia se echó a reír.

—Hombre, no digas tonterías. Demasiado sé que has hecho un gran hallazgo. Hablé con el director del Banco. Te ha abierto un crédito de... ¿treinta millones?

—Ya será un poco menos —sonrió él—. Pero no puedo negar que esta vez he dado en la diana.

—¿Tropezaste con el Buitre?

—Hubo un intercambio de palabras, simplemente.

Ella se echó a reír.

—Eres un tipo astuto —dijo —. ¿Por qué no vienes a tomar una copa conmigo?

Dryne consideró un momento la invitación. Sylvia era una hermosa mujer, viuda desde hacía unos años. Su esposo, un tipo llamado curiosamente Gregory Gregory, había fundado el Red Planet Hotel, pero, inquieto, se había dedicado a buscador de ruinas. Se suponía que había perecido, sorprendido por alguna tormenta marciana. Había salido para una exploración, y no se habían vuelto a tener noticias suyas. Aunque no se habían encontrado ni el cuerpo ni el vehículo, Sylvia, con el paso de los años, había conseguido se la declarase viuda oficialmente.

AI fin, dijo:

—Voy a encargar el pasaje para la Tierra. Volveré a la hora de cenar.

Sylvia hizo un gesto de aquiescencia.

—En mis habitaciones privadas —indicó.

—De acuerdo.

Dryne salió del hotel, sin hacerse demasiadas ilusiones. La invitación de Sylvia se debía precisamente a su hallazgo afortunado. Otras veces se había alojado allí, y la dueña le había concedido, a duras penas, una cortés pero fría sonrisa.

Tampoco iba a desaprovechar la ocasión, se dijo:

La cena resultó muy agradable. Sylvia se mostró después ardiente y voluptuosa. Era, precisamente, lo que Dryne había esperado.

Se despidieron por la mañana. Dryne había tenido suerte al encargar el pasaje. A las once despegaba una astronave para la Tierra. Claro que había tenido que añadir un billete de mil «pavos», bajo mano, pero no eran momentos de regatear dinero, después de que el director del Banco le hubiese concedido un crédito no de treinta millones, como suponía Sylvia, sino de cincuenta.

Cuando llegaba al vestíbulo, con una bolsa de viaje en la mano,

se encontró con un viejo conocido.

—Me la jugaste bien —dijo McInnes.

—La cosa fue de pillo a pillo. Ganó el que supo jugar mejor.

—A ti te avisaron...

Dryne se encogió de hombros.

—Mac, tú sigues vivo. Si hubiera sido al revés, ahora mi coche estaría desguazado, para que nadie pudiera reconocerlo. Yo tendría dos metros de tierra encima, así que no te quejes. Nos conocemos bien, Buitre.

Los dientes del gigante crujieron de rabia.

—Basil, no te irás de vacío —dijo, a la vez que alzaba un puño que parecía un balón de fútbol.

Pero antes de que pudiera descargar el golpe, una rodilla ascendió velozmente hacia su entrepierna. El dolor subió como una lanza de fuego hasta la garganta de McInnes, quien, sin poderlo evitar, se dobló, con una mueca de agonía en el rostro. Jadeante, sin respiración, cayó arrodillado, incapaz de reaccionar.

Dryne continuó su camino. Cuando ya se encontraba a bordo de la nave que iba a llevarle hasta la Tierra, pensó en Katryna.

Meneó la cabeza.

—Pobre muchacha... Nunca logrará desprenderse de la capa de fanatismo que unos insensatos han infiltrado en su mente.

Estaba condicionada por una virulenta educación, simplemente, y ello era algo muy difícil, cuando no imposible, de combatir; resumió finalmente sus amargas reflexiones sobre el tema.

CAPÍTULO VI

Los días transcurrían rápidamente en la Tierra. Rápida y felizmente para un hombre que, una vez saldada sus deudas, podía considerarse rico. Tras las primeras semanas de inevitable aclimatación a la gravedad terrestre, Basil Dryne se había dedicado a la holganza. Por el momento, sus intenciones eran de pasarse un año entero sin hacer nada.

Luego ya pensaría en algún negocio. Tal vez, el éxito conseguido le sirviese de propaganda para montar un almacén de venta de pertrechos para buscadores de ruinas. Los hallazgos obtenidos habían causado una enorme sensación entre los científicos. Dryne sabía que la arqueología marciana había dado un paso de gigante, merced a las tablillas que había encontrado. En cuanto a los objetos artísticos, estaban en los mejores museos de la Tierra, entre los que se había establecido una feroz competencia para conseguir las mejores piezas, a precios realmente increíbles.

El crédito inicial de cincuenta millones había sido ampliamente superado. Dryne podía mirar, por tanto, su porvenir con optimismo.

En las semanas siguientes a su llegada, fue objeto de numerosas entrevistas, y le contrataron para escribir una serie de artículos sobre la profesión de buscador de ruinas. La arqueología marciana se había convenido el tema de moda. Pero nunca quiso declarar el lugar exacto en donde había encontrado sus tesoros. Siempre dijo que había sido un golpe de suerte y que, aunque había buscado más piezas con insistencia, no había conseguido hallar otras que las entregadas, de acuerdo con las leyes sobre la materia.

Al fin, el interés sobre su persona, empezó a decaer. Ahora, se dijo, era cuando iban a dar comienzo, de verdad, sus vacaciones.

De repente, de una forma totalmente inesperada, recibió una visita.

La tarjeta que le pasaron a la *suite* que ocupaba en un lujoso hotel, proclamaba el nombre y la profesión del visitante: «Prof. Olaf Karlson, lingüista».

Dryne respingó. Conocía la fama de Karlson, y se preguntó qué interés podía tener un científico tan destacado en hablar con él. A fin de cuentas, se dijo, había entregado todas las tablillas encontradas en las ruinas. Una vez conocido el lenguaje escrito de los primitivos marcianos, paleomarcianos, como los denominaban ciertas gentes redichas, lo demás no le importaba en absoluto.

—Muy bien —accedió finalmente—. Díganle que puede subir.

Momentos después, Karlson entraba en la habitación.

—Señor Dryne, es un placer conocerle —saludó efusivamente—. Créame, me siento muy halagado de estrechar la mano del hombre que ha hecho uno de los descubrimientos más sensacionales de la historia de la humanidad.

—Por Dios, profesor —rió el joven—. Tuve suerte, eso es todo. Además otros buscadores han conseguido éxitos aún más señalados que el mío...

—Nada de eso —contradijo Karlson. Traía consigo una gruesa cartera de mano, y la dejó sobre la mesa—. Señor Dryne.

—Basil, por favor, profesor. Y permítame que, antes de seguir, le invite a una copa.

—Soy abstemio—proclamó, orgulloso, el visitante.

—Café, entonces.

—Bueno.

Mientras llenaba las tazas, Dryne se dio cuenta de que Karlson parecía un tanto nervioso. El lingüista apuró rápidamente su café, dejó la taza a un lado y puso luego una mano sobre su portafolios.

—Basil, ¿puedo pedirle un favor? —consultó.

—Si está en mi mano, profesor...

—Quiero que, cualquiera que sea la decisión que tome después, no repita a nadie lo que va a escuchar. ¿Ha comprendido bien?

—Perfectamente —respondió Dryne, sumamente intrigado.

—Usted encontró dos series de tablillas. Una de ellas contenía digamos documentos oficiales, de gran importancia para historiadores y arqueólogos, por supuesto, pero mucho menor que la otra serie, la de tablillas de acero.

—Ah, sí, lo recuerdo —dijo el joven con voz tensa.

—Le diré una cosa —se expresó Karlson con solemne acento—. Esas tablillas contienen el invento más sensacional que ha hecho el hombre desde que fabricó la primera rueda. No hablo del fuego, porque éste se originaba naturalmente: chispas eléctricas, erupciones volcánicas... Pero ni la rueda, ni la pólvora, ni la imprenta, ni la bomba atómica, pueden compararse con lo que describen esas tablillas.

—Diablos, profesor, me está asustando. No irá a decirme que contienen la fórmula de alguna bomba capaz de destruir la galaxia entera.

—Oh, no, en absoluto. Pero antes de seguir, dígame: ¿Recuerda el lugar dónde encontró las tablillas?

—Sí, ciertamente.

—¿Estaría dispuesto a volver allí, sí yo se lo pidiera? No puedo prometerle recompensa económica alguna. Sólo la gloria del descubrimiento... y tal vez, si se comercializa el invento, pueda usted reclamar derechos de patente, que yo no le discutiré en absoluto. A fin

de cuentas, los que inventaron ese aparato murieron, ahora ya se sabe, hará cosa de dos mil quinientos siglos.

—Profesor, me tiene con el alma en vilo —manifestó Dryne—. ¿Por qué no habla claro, de una puñetera vez?

Karlson respingó al oír aquella frase.

—Muy bien, pero antes le diré una cosa. Yo, personalmente, me encargué de descifrar esta serie de tablillas, y nadie si no yo, y ahora usted, conoce su contenido.

—Debe de ser algo gordísimo...

—Esas tablillas son el manual de funcionamiento de unos aparatos que permiten la traslación instantánea de la materia.

* * *

Dryne se quedó anonadado al escuchar aquellas palabras.

—Teleportación... —balbuceó.

—Si prefiere llamarlo de ese modo...

Hubo un instante de silencio. Dryne fue a una consola, llenó una copa de coñac, y bebió la mitad de un trago.

—De modo que, con esos cacharros, se puede enviar una persona a otro sitio distinto del que se encuentra, sin necesidad de automóviles, ni aviones, ni barcos, ni astronaves...

—Las instrucciones se refieren solamente a cosas inanimadas, materias sólidas, líquidas o gaseosas que carezcan de vida. Quizá los paleomarcianos no tuvieron tiempo de completar sus instrucciones sobre el particular. O tal vez usted encontró solamente los datos referentes a unas máquinas que no podían teleportar seres vivos. Como sea, la ventaja del sistema es evidente: enormes cantidades de mercancías, podrán enviarse a través del espacio, sin necesidad de utilizar las astronaves y, además, en un tiempo ridículamente bajo... el mismo tiempo que emplea la luz para viajar en el vacío.

—Sería fabuloso, en efecto —convino Dryne—, De modo que usted descifró las tablillas.

—Sí. Y quiero que me lleve al lugar donde las encontró.

Dryne sonreía. Ahora comprendía la utilidad de los artefactos vistos por Katryna y él, en la estancia secreta.

—Y donde encontré dos aparatos para teleportar cosas —dijo:

—¡Oh, Dios mío, usted halló...! —dijo Karlson, con un gran grito.

—Si, en efecto.

—Pero esto es maravilloso... Oh, señor, este hombre encontró dos ejemplares de «translator»... —El profesor juntó sus manos con arrobamiento—, ¿Se le ocurrió hacerlos funcionar? ¿Probó si se hallaban en buen estado?

—No quise arriesgarme. Los dejé tal como estaban; no sabía si

aquellos chismes podían explotar, si me ponía a hurgar demasiado en ellos... Bien, lo único seguro es que están allí y que nadie los tocará, hasta que vayamos nosotros a buscarlos de nuevo. Vi, en cambio, el paquete de tablillas, y como aprecié los signos gráficos del lenguaje marciano...

—Paleomarciano —rectificó Karlson—. Ya hay marcianos; se han producido nacimientos en Terraport y otros centros habitados, y ésos son los auténticos marcianos de nuestra era.

—Bueno, no creo que ese detalle sea demasiado importante. Repito que vi las tablillas, me las traje y... Aunque ya entonces pensé en la posibilidad de que se tratase de un manual de instrucciones.

—Eso son, precisamente, las tablillas. Bien, amigo Basil, dígame, ¿cuándo estará dispuesto para partir hacia Marte?

Dryne torció el gesto. Apenas habían transcurrido dos meses desde su vuelta del cuarto planeta. Ahora que, por fin, empezaba a disfrutar de sus vacaciones, aparecía aquel sujeto dispuesto a estropearle la diversión.

Con cara de circunstancias, preguntó:

—¿Corre mucha prisa, profesor?

—Si por mí fuese, ya estaríamos allí —respondió Karlson, terriblemente excitado—. Señale usted una fecha, y yo me encargaré de los pasajes. Usted no tendrá que ocuparse de nada, se lo aseguro.

Dryne suspiró.

—Profesor, deme al menos dos semanas para disfrutar un poco. Los aparatos están allí, nadie los va a tocar... y yo necesito un poco de esparcimiento, ¿comprende?

—Está bien —se resignó Karlson—. Procuraré tomar dos pasajes para el día veinticinco.

— ¡Pero eso es el lunes próximo! —gritó el joven

—Es todo lo que puedo concederle, muchacho.

—¿Por qué me dedicaría yo a buscador de ruinas? Debiera haber aprendido mejor el cultivo de las lechugas...

Karlson se echó a reír.

—No se preocupe, Basil; será cuestión sólo de unas cuantas semanas. En cuanto hayamos localizado los «translatores» y probado su funcionamiento, podrá volver a la Tierra. Y ahora, muchacho, dispénsame, pero tengo muchas cosas qué hacer.

Dryne levantó la mano.

—Aguarde un momento, profesor —pidió—. Tengo que hacerle una consulta... Ya sé que debiera hablar mejor con un historiador, pero un lingüista como usted, que conoce treinta y cuatro idiomas, en el fondo, también es historiador. Por lo menos, conoce la historia.

—Bastante aproximado —convino Karlson—. ¿De qué se trata?

—De los superteístas, profesor. ¿Qué sabe usted de ellos?

— Ah, los superteístas... Un caso curioso, aunque no mucho más que el de otras sectas religiosas que han existido en este planeta... El nombre, además es muy apropiado a su creencia. Usted sabe que hay religiones que proclaman la existencia de un solo Dios: cristianismo, islamismo, judaísmo... de donde viene el monoteísmo. El politeísmo es la creencia en varios dioses, como por ejemplo...

—Sí, conozco el origen de esas palabras —dijo Dryne, impaciente—. Pero ¿qué sabe usted de los superteístas?

—La secta se fundó en una época, a finales del siglo XX; en que había rebrotes de intolerancia religiosa. El fundador, John Joseph Vilo, sostenía la tesis de que hay un dios para cada galaxia, pero que un Dios superior gobierna a los de todas las galaxias y hasta los premia si sus acciones resultan acertadas entregándoles la influencia sobre un grupo de galaxias, o relegándolos a una especie de limbo, en donde no influyen sobre las acciones de los hombres, caso de que lo hayan hecho mal. De ahí que la creencia en ese Superdiós haya dado origen a la calificación de superteistas. Eran muy fanáticos en su doctrina, y fueron perseguidos por otros tan fanáticos como ellos. De repente, a principios del siglo XXI; desaparecieron y no se ha vuelto a saber más de ellos. Se corrió la especie de que los supervivientes de las persecuciones, entre ellos, el hijo del fundador, Edgar Vilo, con su esposa y un pequeño grupo de fieles, habían conseguido emigrar a Marte. No se ha podido comprobar y, francamente, yo no lo creo. Opino, más bien, que para sobrevivir a la persecución, se dispersaron, cambiaron de nombre... En fin, eso es todo lo que puedo decirle, muchacho.

Dryne procuró mantener la misma expresión, a partir del momento en que Karlson había mencionado el nombre del fundador de la secta superteísta. Así pues, Katryna era descendiente de John Joseph Vilo.

—Gracias, profesor; estaré listo el lunes próximo —sonrió.

Después de lo que había oído, ya no le importaba acortar su estancia en la Tierra.

En cuanto hubiera encontrado el lugar donde se guardaban los «translatores», se dedicaría a buscar a Katryna. Y, esta vez, aun sin intentar hacer que la muchacha abjurase de sus creencias, haría todos los posibles para conseguir que viviese en la superficie del planeta.

Quizá podría traerla a la Tierra.

Unos minutos más tarde, mientras esperaba que le sirviesen el almuerzo en la habitación, conectó el televisor, para distraerse. En la pantalla, de repente, aparecieron cinco rostros conocidos. El de Horus McInnes figuraba en el centro.

El locutor dijo que McInnes y su banda habían sido arrestados, y que permanecerían en prisión, hasta ser devueltos a la Tierra. El

gobernador general de Marte había decretado su expulsión del planeta, por haber quebrantado las leyes sobre búsqueda de ruinas y hallazgo de restos arqueológicos.

Luego, el locutor dio otra noticia sorprendente.

En las dos últimas semanas, se habían producido extraños incidentes, sin violencias físicas, afortunadamente. En las paredes de los edificios situados bajo las grandes cúpulas que componían la ciudad de Terraport, habían aparecido pintadas unas frases que resultaban incongruentes, en aquella época de tolerancia y comprensión en todos los sentidos. A veces, los que salían de Terraport en sus vehículos «todo terreno», se encontraban con carteles clavados en unas estacas hundidas en el suelo, en los que figuraba la misma inscripción, de claro sabor xenófobo, absurdamente nacionalista, si se podía calificar así a algo que se refería a un planeta entero.

Las inscripciones, todas ellas idénticas, decían:

MARTE PARA LOS MARCIANOS
¡FUERA TERRESTRES!
¡VIVA MARTE!

CAPÍTULO VII

La astronave se posó en el suelo del cuarto planeta, y los pasajeros empezaron a desembarcar Una vez despachados en la aduana, Dryne y el profesor Karlson se encaminaron en busca del alojamiento reservado desde la Tierra. El profesor quería partir de inmediato hacia las ruinas, pero Dryne se esforzó por hacerle comprender que una operación semejante no era como darse un paseo por la orilla de un riachuelo terrestre.

—Hay muchas cosas que hacer, y es preciso preparar un buen equipo, revisándolo cuidadosamente, para evitar fallos o averías. El menor error le cuesta a uno el pellejo, en este planeta.

—Sí, sí, tiene razón. Usted conoce mejor que yo lo que se debe hacer, pero, por favor, dese prisa…

Dryne sonrió comprensivamente. También él tenía prisa, pero por otros motivos.

Esta vez, se prometió a si mismo, llegaría hasta el fondo del desfiladero. No sabía cómo lo haría, pero intentaría penetrar en la ciudad subterránea donde vivían los superteistas. Y entonces…

Durante todo el resto del día, estuvo muy ocupado haciendo compras. Por fortuna, localizó su propio coche, que tuvo que comprar de nuevo al mismo a quien se lo había vendido, al partir hacia la Tierra. Hubo un intercambio de bromas entre comprador y vendedor, a cuenta del precio superior que ahora tenía que pagar el que antes había sido vendedor y ahora era comprador. El comerciante, sin embargo, tenía fama de honrado, y prometió hacer una revisión a fondo del vehículo, que conservaba, además, todos sus repuestos y equipo de herramientas.

Lo único que faltaban eran los víveres, el agua y la caja con los elementos para una primera cura. Dryne se ocuparía de ellos, a la mañana siguiente. Antes de abandonar el despacho de su amigo quiso satisfacer su curiosidad en cierto aspecto:

—Dan, ¿qué hay de cierto en ese movimiento xenófobo del que se habla tanto en la Tierra?

—Ah, los de «Marte para los marcianos»… Bueno, de momento no hay nada más que las inscripciones. Nadie sabe quiénes pueden ser esos chiflados, porque se supone que sólo unos locos pueden escribir semejantes disparates. En un principio, se supo que se trataba de una broma, pero ahora se ven ya las inscripciones con demasiada frecuencia. Vete a saber, quizá se trata de un truco político… Hay algunos que sostienen que el gobernador general de Marte, aunque siga dependiente de la Tierra, debe ser elegido por los que vivimos

aquí permanentemente, y no nombrado por el gobierno terrestre, a pesar de que ese nombramiento haya sido aprobado por el Parlamento mundial. En fin, para mí, tonterías. Paz y buenos negocios, ése es mi lema —concluyó el comerciante.

—Así sea —sonrió Dryne—. Gracias, Dan. Avíseme en cuanto hayas terminado la revisión.

—Descuida.

Dryne regresó al hotel. En recepción se encontró con una nota de Sylvia Gregory:

> Has regresado mucho antes de lo que esperaba. Tengo preparada una excelente cena para dos. Con afecto,
>
> S. G.

Dryne dobló el papel, levemente perfumado, y lo guardó en uno de sus bolsillos. Fue a su cuarto, se bañó, se cambió de ropa y, a las siete y media de la tarde, llamaba a la puerta de las habitaciones privadas de la dueña del hotel.

Sylvia le recibió, espectacularmente ataviada con un peinador negro, muy transparente. Era, realmente, una mujer muy hermosa, de un enorme atractivo sensual. Sin pronunciar una sola palabra, Dryne la tomó en brazos y buscó ávidamente la boca generosa, que se le entregó en una rendición sin condiciones.

Media hora más tarde, Sylvia, en la cama, se recostó sobre un codo, y miró sonriendo a su invitado.

—No hemos tomado el aperitivo —dijo—. Te has lanzado sobre mí, con la furia de un náufrago.

—Tú sí que eres un magnífico aperitivo, y también un primer plato, y el segundo, y el postre...

—Vamos, me has confundido con el menú de la cena.

—¿Te ha disgustado mi asalto?

Sylvia se inclinó sobre él, y le besó ardorosamente.

—Casi me hubiera sentido defraudada, si te hubieras portado comedidamente —respondió—. Y, dime, ¿qué diablos haces en Marte? Porque yo creí que habrías dejado el planeta para siempre...

—Se trata de ese chiflado de profesor —contestó el joven—, Quiere que le acompañe a las ruinas donde encontré aquel tesoro. Por lo visto, algunas de las tablillas que estaban allí, contenía algunos datos sobre la vieja ciencia marciana. Karlson sostiene la teoría de que hay más tablillas, y que es preciso encontrarlas para conseguir datos aún más precisos sobre la ciencia paleomarciana.

—Podías haberle indicado el lugar...

Dryne hizo una mueca.

—Insistió tanto, que acabó por convencerme. Además, será

cuestión de unas semanas solamente… Terminaremos pronto, ya lo verás.

—Por desgracia —suspiró la mujer—. Basil, ¿qué te parece si cenamos?

Dryne alargó sus brazos para atraerla hacia sí.

—Vamos a tomar otro aperitivo —dijo.

Más tarde, durante la cena, Sylvia, inesperadamente, levantó su copa y lanzó una exclamación que sorprendió grandemente a su invitado:

—¡Viva Marte!

Dryne respingó:

—Sylvia, tú…

—Oh, no, tonto —rió ella—. Es que se ha convertido en la exclamación de moda, desde que algunos chiflados empezaron a pintar esas estupideces por las paredes.

—Pero nadie sabe quiénes son.

—Los hombres del gobernador general no han conseguido averiguar nada, en efecto. De todos modos, es algo que no tiene la menor importancia. Te lo acabo de decir; es una moda pasajera. Diablos, ¿por qué tendríamos que marcharnos, los terrestres? Yo llevo aquí veintitantos años, y me considero una marciana. Tuve una niña, que murió a los pocos meses de su nacimiento. Era una marciana. Hay infinidad de personas que han nacido aquí. Todos son marcianos, ¿entiendes, Basil?

—Sí, pero eso no excluye que algunos tipos, especialmente poco dados a la tolerancia…

Sylvia hizo un gesto con la mano.

—No debes preocuparte de ellos —contestó—. Además, suponiendo que consiguieran echar a todos los terrestres, ¿qué harían? ¿Morirse de hambre? Ahora se empiezan a ver algunas plantaciones de vegetales especialmente acomodados a Marte, pero, a pesar de todo, es preciso que vivan bajo cúpulas. Sin embargo, pasarán años y años antes de que Marte sea autosuficiente. ¿Qué harían esos «patriotas» marcianos? ¿Comerse los unos a los otros, cuando hubieran agotado las existencias de las granjas marcianas? Hay que ser un poco más realista, Basil. Quizá, si lo que quieren es independencia, la consigan dentro de ocho o diez siglos, cuando Marte sea una unidad planetaria capaz de valerse a sí misma. Pero, aun así, siempre dependerá de la Tierra para una cosa u otra. Si lo que proclaman, expresa su verdadero pensamiento político, entonces es que están locos de remate.

Dryne aplaudió calurosamente aquel pequeño discurso.

—Bravo, me has convencido —dijo. Levantó su copa y repitió—: ¡Viva Marte!

Más tarde, en la oscuridad del dormitorio, mientras percibía a su

lado la sosegada respiración de Sylvia, Dryne pensó, sin saber por qué, en los superteistas.

Doscientos años antes, habían emigrado desde la Tierra. En aquel espacio de tiempo, habían logrado sobrevivir y hasta crear un mundo propio, aunque estuviese situado en el subsuelo marciano.

Pero aquellos dos siglos no habían transcurrido en vano. Tal vez, ahora, los superteistas se creían fuertes, se consideraban a sí mismos como auténticos marcianos, y eran intrusos y extranjeros todos los demás. Naturalmente, expulsar de Marte a todo el que no acatase ciegamente sus creencias, y ello valía decir todos los terrestres, debía de ser el primer objetivo que se habían propuesto aquellos descendientes de los emigrados de la Tierra.

Al fin, el sueño le venció, y se durmió profundamente. Durante un segundo, creyó ver el hermoso rostro de Katryna; luego, su mente se sumió en aquellas agradables tinieblas.

* * *

De repente, despertó sobresaltado.

En el exterior se oían gritos y carreras. Las sirenas policiales eran rarísimas, pero había una que aullaba, incesante, yendo y viniendo por la única avenida que había en aquel sector de Terraport, bajo una cúpula que no medía menos de quinientos metros de diámetro, por ciento cincuenta de altura.

Sylvia se despertó también.

—Basil, ¿qué sucede?

En aquel instante, un potente altavoz atronó en el exterior:

—Atención todos... Hay pérdida de presión en la cúpula. Usen inmediatamente sus máscaras de oxígeno. Los equipos de reparación trabajan activamente en la reparación de las perforaciones... Usen las máscaras de oxígeno hasta nueva orden.

El altavoz se alejó. Sylvia encendió la luz, saltó de la cama y corrió en busca de su máscara de oxígeno.

—Tengo otra de repuesto, Basil —indicó.

Dryne ya se estaba vistiendo. A través de la ventana, miró hacia lo alto. Las estrellas se divisaban en el negro cielo marciano, a través de la transparente cúpula que permitía la vida con normalidad terrestre. Le pareció ver algunos pliegues en la capa flexible de que estaba hecha la cúpula, señal indudable de pérdida de presión.

Sylvia le entregó la máscara, con un depósito que podía colgarse a la espalda, y él se la puso, sin abandonar la ventana. Debajo de él, un grupo de hombres, igualmente equipados con máscaras de oxígeno, estaban entregados a una curiosa labor.

Situados junto a un carro de forma muy peculiar, enviaban hacia arriba un chorro de gas neutro, pero perfectamente visible. El gas

ascendía oblicuamente, siguiendo la corriente de aire provocada por los escapes. Dryne dedujo que las perforaciones se hallaban a menos de cincuenta metros del suelo.

Por la boca de otra manguera surgió una cosa blanca, esponjosa, muy ligera, que engrosó poco a poco, hasta convertirse en una bola de unos cuarenta centímetros de diámetro. La bola fue arrastrada por la corriente de aire. Dryne la vio ascender y fijarse en un punto de la cúpula. Antes de un minuto, se habría solidificado, lo que evitaría la pérdida de presión.

Más bolas fueron lanzadas a distintos puntos. No obstante, pasó un buen rato antes de que los equipos de seguridad anunciasen que la presión normal había sido restablecida.

Los altavoces anunciaron la vuelta a la normalidad. Dryne se quitó la máscara. Consultó su reloj. Eran casi las seis de la mañana.

—Esto no suele ocurrir con frecuencia, me parece —comentó.

Sylvia, cubierta con una bata, movió la cabeza.

—Ya te dije que llevo aquí veintitantos años, desde que me trajeron, siendo una chiquilla. En ese casi cuarto de siglo, habré presenciado, como máximo, seis perforaciones… Pero nunca tantas a la vez, y en una sola cúpula.

—¿Sospechas que puede ser algo intencionado?

—Seguro, Basil.

—Pero ¿quién diablos puede desear una catástrofe semejante? Debajo de esta cúpula viven más de dos mil personas. Hubiera sido una matanza…

Ella le puso una mano en el brazo, a la vez que le miraba intensamente.

—Basil, sospecho que los locos xenófobos han pasado de las amenazas a las obras —dijo con dramático acento.

Dryne asintió con repetidos movimientos de cabeza.

—Es muy probable que tengas razón —convino.

—Estoy un poco nerviosa —manifestó Sylvia—. Voy a preparar café. ¿Te apetece?

—Sí, con mucho gusto.

Al quedarse solo durante unos instantes, Dryne se preguntó si habían sido los superteistas los autores de las perforaciones. ¿Llegaba su fanatismo al extremo de desear la muerte de todos los que no pensaban como ellos?

Cerca del mediodía fue a visitar a su amigo, el comerciante. Dan Fowler se sentía preocupado.

—No cabe duda, han sido ellos —dijo, después de anunciar que el vehículo estaría listo al día siguiente.

—¿Quiénes, Dan?

—Esos chiflados… Los autores de las inscripciones. ¿No lo sabes? Las patrullas han encontrado un mensaje en las afueras de Terraport, a unos cinco kilómetros hacia el Sudoeste. Estaba escrito en una plancha de metal, sostenido por una estaca, y decía algo sobre un primer paso para expulsar definitivamente a todos los terrestres. Diablos, Basil, si no cortan este asunto a tiempo, Marte puede convertirse en un infierno.

Dryne emitió una sonrisa de circunstancias. Ahora, más que nunca, estaba decidido a buscar el mundo subterráneo de los monoteístas. Pero no podía hacerlo sin haber cumplido sus compromisos con el profesor Karlson.

—No te preocupes, Dan; los hombres del gobernador son eficientes, y sabrán encontrar a esos locos.

—Ojalá sea como dices —suspiró Fowler.

—¿Se sabe cómo hicieron las perforaciones?

—Sí, de la manera más sencilla del mundo: a tiros de fusil.

CAPÍTULO VIII

El aspirador succionaba ingentes cantidades de arena. Mientras se ocupaba de dejar la casa limpia, Dryne pensaba incesantemente en todo lo sucedido durante las últimas horas.

La policía se mostraba muy activa, pero hasta el momento no había encontrado ninguna pista. Los autores de los disparos, dos docenas, nada menos, habían actuado con gran rapidez. Habían sido cuatro o cinco, según las noticias emitidas por la televisión, y se habían marchado en dirección Sudoeste, apenas asestado su golpe, no sin dejar en el camino el amenazador cartel, del que se habían reproducido abundantes imágenes, con las ominosas frases dedicadas a los «no» marcianos.

Dryne, por su parte, había encontrado otro cartel, en su ruta hacia las ruinas. El mensaje era análogo a los primeros, pero era una muestra de la singular actividad que mostraban aquellos enloquecidos xenófobos.

Para Dryne, sin embargo, la xenofobia ocultaba otros sentimientos. Los largos años transcurridos desde su marcha de la Tierra no habían conseguido borrar los sentimientos de intolerancia y fanatismo en los superteístas. Seguían pensando lo mismo que el día en que John Joseph Vilo empezó a propagar su disparatada doctrina. Había personas que no cambiaban jamás, se dijo desanimadamente.

Al menos, esperaba convencer a una de aquellas personas. Katryna, supuso, era joven. Su pensamiento, pese a la educación recibida, tenía que disentir forzosamente del de sus mayores. Podía seguir creyendo en un Superdiós, lo que era perfectamente lícito, pero Dryne tenía la sensación de que la capa de fanatismo que envolvía su espíritu había empezado a resquebrajarse, en su último encuentro.

Y él haría todos los posibles por hacer saltar en pedazos aquella cáscara de intolerancia.

Continuó trabajando. El montón de arena era cada vez más pequeño.

Fuera, el profesor Karlson se ocupaba de revisar el equipo. Habían llegado a las ruinas en un curioso tren, remolcado por su coche. El tren se componía de dos vehículos más: un potente generador, infinitamente superior en potencia al de su vehículo, y una gran plataforma, con grúa, para el transporte de los «translatores».

El generador serviría para hacer las primeras pruebas con los «translatores». Según las indicaciones del manual, aquellos aparatos consumían una enorme cantidad de energía; por tanto, el generador de su coche resultaría insuficiente, aparte de que no podía permitirse

el lujo de quedarse inmovilizado en aquel lugar, no por el gasto que pudiera suponer una expedición de socorro, sino por el riesgo que siempre representaba un período demasiado largo lejos de Terraport.

De súbito, la puerta que daba a la primera habitación quedó al descubierto.

—¡Profesor!

Karlson acudió, a la carrera. Arrobado, contempló los grabados de la puerta, acariciándola con sus dedos cubiertos por los gruesos guantes. Parecía un hombre fuera de este mundo, pensó Dryne.

—Dios mío, qué maravillosa civilización existió en este planeta —murmuró.

—¿Se saben ya las causas de su decadencia, profesor? —preguntó Dryne.

—Aún no están suficientemente claras. Las hipótesis más aproximadas especulan con la posibilidad de una guerra total.

—¿Con bombas atómicas?

—No, por el amor de Dios. Aún se notarían indicios de radiactividad… Algunos opinan, y yo estoy con ellos, que fue una especie de guerra mental. Es decir, se combatían mediante armas mentales; multiplicaban la potencia de sus cerebros… pero llegó el momento en que se sintieron impotentes para dominar aquellas armas. Era como una presa que se va llenando de agua y, al no tener desagües, rebosa por arriba y se produce la inundación.

—En resumen, se mataron unos a otros.

—Y los supervivientes, fueron muertos por sus propias armas, que habían cobrado vida parahumana. Pero esas armas, a fin de cuentas, se apoyaban en la energía mental y cuando el último marciano murió, ellas «murieron» también, si es que se puede hablar así de una máquina. Desde entonces, han transcurrido unos dos mil quinientos siglos, suficiente para que las que un día fueran prósperas ciudades, se convirtiesen en ruinas cubiertas por el polvo.

—¿Y la atmósfera? ¿Era tan tenue entonces como ahora?

—Parece ser que tenían su organismo adaptado al poco oxígeno que contiene la atmósfera de Marte. En fin, diablos, eso no nos importa demasiado ahora. ¿Por qué no abres de una vez, muchacho?

Dryne sonrió.

—Sí, discúlpeme, profesor.

Dryne hizo girar la puerta. La estancia apareció tal como la había dejado, aunque, en cierto modo, sintió vergüenza por el saqueo que había realizado. Pero los artistas que elaboraron aquellos valiosos objetos ya no existían, no quedaba ningún superviviente que pudiera hacerle el menor reproche.

Lentamente, se acercó a la estantería. La botella continuaba en el mismo sitio.

—Fíjese, profesor —dijo, muy ufano.

Dio un tirón y la pared empezó a descorrerse a un lado. Dryne tenía la vista fija en el profesor. Quería captar la expresión de su rostro, cuando contemplase los «translatores».

Pero en lugar de alegría, vio sorpresa y hasta cólera en las facciones de Karlson.

—¿Qué diablos significa esta estúpida broma? —gritó el profesor, descompuesto—. ¿Acaso pretende burlarse de mí, Basil Dryne?

Desconcertado, el joven dio un paso hacia adelante y volvió la cabeza hacia su derecha. Un grito de asombro brotó inmediatamente de sus labios.

¡La estancia se hallaba completamente vacía!

* * *

Dryne se sentía aturdido, desconcertado. En aquella estancia no quedaba absolutamente nada. Todo, todo había desaparecido: «translatores», cuadro de mandos. Hasta la silla que había ante el pupitre de control, faltaba de aquel lugar.

—No lo entiendo, profesor. Lo vi claramente, como le estoy viendo a usted. —Con paso nervioso, se acercó a una de las paredes, y señaló un hueco con la mano—. Aquí, precisamente, encontré el manual de instrucciones, que usted tradujo.

Karlson meneó la cabeza

—Una cosa es evidente, y es que aquí no hay nada. Si lo hubo, se lo han llevado. Pero, ¿quiénes? —gritó.

Dryne empezó a sospechar la verdad. Se acercó al lienzo de muro junto al cual había estado el cuadro de mandos y vio algunos agujeros, que señalaban los puntos por donde circulaban los cables de conexión. Un examen más detenido, le permitió ver en el suelo, brillante y pulido, algunos arañazos.

—Se los llevaron, no cabe la menor duda —murmuró.

—Basil, no irá a decirme que algunos paleomarcianos están escondidos por alguna parte, ¿verdad?

Dryne vaciló un instante. ¿Debía contar su secreto al profesor? ¿Le creería?

De repente, antes de que hubiera podido tomar una decisión, oyó en el exterior un sonido inconfundible: el de un disparo de arma de fuego.

—¡Profesor, siga aquí! —gritó, a la vez que giraba en redondo—. No se mueva, nos atacan.

Salió fuera y corrió hacía su coche. Una rueda de la plataforma de carga se deshinchó súbitamente. Otro proyectil chocó contra la estructura del generador y se alejó con horrible chillido.

Dryne sintió que los pelos se le ponían de punta. Estaban corriendo un gravísimo peligro. El generador podía explotar por los impactos. Si se encontraban en las inmediaciones.

No quería ni pensarlo. Arriesgándose a todo, desenganchó su vehículo, afortunadamente protegido de los tiros de los atacantes por las estructuras de los otros dos. Pisó el acelerador a fondo y dio la vuelta a la casa.

—Profesor, rápido, venga inmediatamente.

Karlson llegó, demudado, lleno de pánico.

—Pero ¿por qué quieren matarnos?

—Vamos, suba, no se entretenga.

Dryne tenía la cabina abierta. Con las máscaras puestas, la presión no importaba demasiado. Hacer funcionar la esclusa significaba una pérdida de tiempo que no se podía permitir. Antes de que Karlson introdujese del todo su cuerpo, arrancó de nuevo y huyó a toda velocidad.

Los disparos continuaban. El coche saltaba y rebotaba espantosamente. Dryne sabía que no podía luchar contra media docena o más de fanáticos, que estaban dispuestos a todo. Por fortuna, se dijo, carecían de un entrenamiento que hiciese sus tiros verdaderamente eficaces.

No obstante, la intensidad del fuego podía suplir la falta de puntería. Repentinamente, cuando estaban a unos mil metros de distancia, sonó una espantosa detonación.

Dryne buscó apresuradamente el refugio de un pequeño farallón. Aun contando con lo tenue que era la atmósfera marciana, era preciso tener en cuenta la onda explosiva. Y también los escombros lanzados al aire por el estallido del generador.

Durante unos segundos, trozos de piedras cayeron por todas partes. Algunos fragmentos golpearon la cúpula del coche, que resistió sin daños. En el cielo flotaba una inmensa nube de polvo rojizo.

* * *

Había vuelto el silencio. Dryne, con el rifle en la mano, subió al borde del farallón y contempló el panorama.

Gran parte de aquel sector de la ciudad en ruinas había desaparecido. Muchas de las paredes que durante dos mil quinientos siglos se habían mantenido incólumes, eran ahora montones de escombros.

El generador humeaba levemente todavía, pero no era ya más que un conjunto de metales retorcidos, buenos para la chatarra, lo mismo que la plataforma de carga con la grúa. Se habían salvado por milagro, pensó.

De los atacantes no había el menor rastro. Dryne se volvió hacia

Karlson, que aguardaba al pie de la escarpadura.

—Voy a explorar el terreno —anunció.

—Sea prudente, muchacho —aconsejó el lingüista.

—Descuide. Ah, esté atento a la radio. Le llamaré si veo algo interesante.

—Conforme.

Dryne se llevó un pequeño transmisor individual. Era necesario, dada la distancia. Su voz no llegaría desde más de mil metros de distancia.

Un cuarto de hora después, encontró el lugar donde se habían apostado los atacantes. Sintió náuseas.

Les faltaba experiencia, no cabía la menor duda. Y lo que tenía ante sus ojos, era una prueba palpable de que los autores de las amenazas y de las perforaciones en la cúpula de Terraport eran los superteístas.

Sabían manejar un fusil, pero no habían calculado los efectos de una explosión producida a poco más de ciento cincuenta metros de distancia. El suelo estaba cubierto de pingajos sanguinolentos, completamente irreconocibles. No lejos de aquel lugar, encontró un cartel, que los atacantes no habían tenido tiempo de colocar. Sin duda, pensaban dejarlo después de su ataque, como advertencia para otros buscadores de ruinas.

El cartel repetía los tópicos de costumbre.

«Terrestres fuera,
Marte para los marcianos.
¡Viva Marte!»

Furioso, Dryne le arreó una patada.

Luego usó el transmisor de radio:

—Profesor, ya puede venir —llamó.

Karlson llegó a poco y se espantó al ver los sangrientos resultados de la explosión.

—Están locos, locos.

—Lo peor de todo no son quienes nos atacan, con resultar peligrosos, sino quienes envenenan sus mentes —contestó el joven con dureza—. Profesor, cuando decidimos volver a Marte, en nuestro primer encuentro, usted me hizo formular una promesa de silencio absoluto sobre los «translatores».

—Cierto, y celebro infinito que haya sabido mantenerla —respondió Karlson.

—Bien, ahora yo voy a exigirle a usted una promesa análoga a otro tema.

Karlson miró fijamente a su interlocutor.

—Habla, hijo —pidió, presintiendo una importantísima

revelación.

Dryne movió la mano en semicírculo.

—Esos restos que ve son de superteistas —dijo—. Sí, es cierto, consiguieron escapar de la Tierra, al menos una fracción de ellos, y llegaron a Marte, en donde han vivido hasta ahora, ocultos, y sin que nadie tuviera noticia de su existencia hasta hace muy poco tiempo.

Karlson tenía la boca abierta.

—Es increíble —exclamó—. ¿Quién te lo dijo, Basil?

Dryne sonrió amargamente.

—Tuve un encuentro con una superteísta, hace ya bastante tiempo. Ella me contó muchas cosas de los suyos. Incluso quiso matarme en una ocasión, pero ya se lo contaré todo con más detalle, mientras regresamos a Terraport. De una cosa puede estar seguro, profesor: los autores de todos estos hechos, ocultos bajo la capa de una pretendida xenofobia, son los superteistas. Claro que —añadió con amargo acento—, quizá su creencia superteísta les hace ser también xenófobos.

—Porque se consideran los auténticos marcianos.

—Probablemente.

Dryne echó a andar.

—Es tiempo de que regresemos —dijo—. Ya no cabe la menor duda de que fueron superteístas los que se llevaron los «translatores». Durante el camino, discutiremos lo que debemos hacer, aparte de informar al gobernador general de lo ocurrido. Quizá, con el manual de instrucciones, podamos construir una pareja de «translatores».

El joven se interrumpió de repente. Un temblor convulsivo acometió todos los miembros de su cuerpo.

Delante de él, se veían los destrozados miembros de una persona. No quedaba nada de la cara y sólo se divisaban unos cabellos rubios, muy cortos, en los restos del cráneo.

Un poco más allá, vio una mano, amputada de su brazo por la explosión. La mano, por dicha causa, había perdido el guante. Pero en uno de sus dedos se veía claramente la sortija que él había regalado a una hermosa muchacha, meses antes.

CAPÍTULO IX

Estaba terminando de meter las últimas prendas de ropa en un saco de viaje, cuando oyó el ruido de la puerta que se abría. Volvió la cabeza.

Era el profesor Karlson.

—Entre, Olaf —dijo.

Karlson cerró la puerta.

—Te marchas —murmuró

—Sí.

—Me imagino tus proyectos. Cometes una locura.

—No lo crea, profesor.

—Son muchos...

—Lo sé. Pero también sé que llevan doscientos años incomunicados, encerrados en su pequeño mundo, sin haber evolucionado apenas. Su mentalidad es absolutamente retrógrada, completamente fanática. Tengo cierta ventaja sobre ellos, y es la de vivir al día. A mí no se me hubiera ocurrido disparar sobre el carro del generador, por ejemplo. Si yo hubiera sido uno de los atacantes, me habría preocupado, en primer lugar, de hacer huir a los intrusos, nosotros, en este caso. Luego, cuando hubiesen estado lo suficientemente lejos, habría puesto en marcha el generador, al máximo de su potencia y cortando, además, el sistema de refrigeración. La explosión se habría producido, pero a mí me hubiera pillado a cincuenta o sesenta kilómetros de distancia.

—A pesar de todo, la masa, el número puede resultar peligroso.

—Lo sé, pero no pienso echarme atrás, pase lo que pase.

Karlson hizo un gesto con la cabeza.

—Piensas en la chica, ¿verdad?

— No puedo olvidarla un solo instante —confesó Dryne—. Es más, tengo la sensación de que ella inició el fuego, pero lo dirigió hacia los otros dos carros. Ciertamente, el coche estaba bastante protegido, pero, aun así, situándose en otro punto, podrían haberlo destrozado con facilidad. Y eso es lo primero que yo habría hecho, ¿comprende?

—Sigue, Basil —pidió el lingüista.

—Por tanto, Katryna quería que nos salvásemos. Posiblemente, fue forzada a tomar parte en la incursión. Pero ya que no podía eludir la misión, al menos, hizo todos los posibles para que usted y yo salvásemos la vida.

—A costa de la suya.

—Ella ignoraba lo que podía suceder, al dirigir el fuego contra el

carro del generador. Pero la culpa no era suya, sino de los que han mantenido a gran número de superteístas en la ignorancia y en el fanatismo, que ahora ya no se puede calificar sino de salvaje superstición.

—Estoy de acuerdo contigo. Basil —manifestó Karlson—. Y tanto es así, que yo mismo pienso acompañarte al mundo de los superteístas.

—¿Usted? —se asombró el joven.

—Sí. ¿Te extraña?

—Usted es hombre pacifico, un estudioso, más habituado a la mesa de trabajo que a la acción.

Karlson sonrió.

—Quizá pueda darte una sorpresa —dijo—. En fin, ¿cuándo emprendemos la marcha?

—Yo ya estoy listo.

—Mi equipaje aguarda en la recepción.

Dryne hizo un esfuerzo por sonreír.

—Estaba seguro de que le aceptaría por compañero —dijo.

—Cuando es preciso, me enfado... y entonces soy un tipo muy peligroso —contestó Karlson jovialmente—. ¿Vamos?

Dryne se echó al hombro su bolsa de viaje.

—Andando, Olaf —dijo.

* * *

El coche se detuvo al principio de la calzada de losas, parcialmente cubierta por la arena de siglos. Karlson contempló críticamente el desfiladero que se producía, a medida que el camino se hundía en la meseta.

—De modo que es ahí —dijo.

—Sí. En este mismo lugar, Katryna quiso matarme.

—¿Te sientes resentido?

—No. Aparte de que luego me salvó la vida en dos ocasiones, ella no era culpable de lo que se disponía a hacer. Había sido educada en el fanatismo y la ignorancia, por mucha cultura que tuviese en otros aspectos.

—Es cierto —admitió Karlson—. De modo que en ese mundo subterráneo hay varios miles de personas...

—Katryna no dijo nunca la cifra exacta, pero yo calculo que no deben de ser menos de veinte mil.

Karlson se pellizcó, el labio inferior pensativamente.

—Sí, la cifra es muy aproximada, teniendo en cuenta el número de superteístas que consiguieron emigrar. Veinte mil en doscientos años, pero es demasiado tiempo de aislamiento. Muchos, seguramente, ya no compartirán de un modo absoluto la ideología de sus mayores.

—¿Por qué dice eso, profesor? —preguntó Dryne, sorprendido por aquellas reflexiones.

— Hijo, desde que el mundo es mundo, los jóvenes, al menos una parte, han pensado siempre de una forma distinta a sus padres. No todos los superteístas estarán de acuerdo con unas normas de comportamiento impuestas hace doscientos años. Puede admitirse una serie de reglas básicas en ciertos aspectos, inmutables e irrenunciables, pero esas normas no pueden condicionar férreamente el comportamiento humano en «todos» los aspectos de la existencia cotidiana.

—Eso es lo mismo que ciertas Constituciones políticas, que necesitan de cuando en cuando ser modificadas, en parte por alguna enmienda.

—Exactamente. Si quieren seguir siendo superteístas, que lo sean... pero que contacten con las demás gentes, que respeten las creencias de los otros, como los otros respetarán las suyas. Su emigración tuvo sentido en aquella época oscurantista, afortunadamente desaparecida ya; pero tampoco tiene sentido que quienes huyeron de la intolerancia, sigan siendo intolerantes con los otros.

—Estoy de acuerdo con usted, profesor.

—Pero aún hay más, Basil —continuó Karlson—. Sospecho que la intolerancia actual se mantiene, debido a la acción de una casta pretendidamente superior, la que ostenta el poder actualmente, y que sabe que, si se propagase la tolerancia entre los descendientes de los emigrados, perderían el poder y la influencia. Les resulta insufrible y por eso recurren a procedimientos extremos, como los que ya conoces.

—Es decir, provocar una guerra, para elevar la tensión de sus súbditos y seguir así manteniendo la misma ideología que cientos de años atrás.

—La ideología, probablemente, les importa menos que el poder. Suele ocurrir en algunos políticos, cuando alcanzan puestos elevados. Pero me parece que ya hemos hablado bastante. ¿Por qué no seguimos, Basil?

Dryne sonrió, a la vez que pisaba el acelerador. El vehículo rodó lentamente por la calzada. Unos minutos más tarde, llegaba al recodo y, tras salvarlo, permitía que los ocupantes pudieran ver el panorama que había en el fondo del desfiladero.

* * *

Había una gran pared que cerraba el paso, de trazado casi completamente vertical. En aquel punto, el desfiladero alcanzaba una profundidad de ciento cincuenta metros con respecto a la meseta superior.

Era como una enorme calle sin salida. Dryne frunció el ceño. En aquel accidente geográfico había algo que, de momento, no alcanzaba a entender del todo.

Avanzaron unos metros más. De pronto, Dryne divisó a su derecha una grieta y metió el coche en ella. Si los superteístas entraban y salían por aquel lugar, mediante una puerta que no alcanzaba, a divisar, no quería que descubrieran su coche, al menos al primer golpe de vista.

Acto seguido se puso la máscara, agarró el rifle y se preparó para abandonar el vehículo. Karlson le siguió momentos después y ambos caminaron hasta el final de la calle sin salida.

En aquel punto, el desfiladero alcanzaba una anchura no superior a los cincuenta metros, aunque los bordes estaban separados casi por doscientos metros. El paredón en que terminaba la calzada tenía todo el aspecto de estar constituido por gruesos estratos de solida roca.

— Y, sin embargo, debe de haber alguna entrada —murmuró—. Pero todavía hay algo que me extraña más, profesor.

—¿Si, Basil?

—Este callejón sin salida. ¿Qué pasa con el agua, cuando se produce una tormenta marciana? Tendría que inundarse, ¿no le parece? Y entonces, los habitantes del mundo subterráneo, no podrían salir. No les importaría en la mayoría de ocasiones, pero en algunos momentos, necesitarían salir con urgencia y en tal caso, el subterráneo se inundaría parcialmente.

—Tiene que haber una solución —dijo Karlson.

—Pienso que debe de haber en alguna parte una entrada muy bien disimulada, que forma parte del paisaje, de tal modo, que es imposible advertirla, a menos que no se sepa de antemano su emplazamiento.

—Pero tendrán un sistema de alarma para posibles intrusos, sobre todo, después de lo ocurrido en los últimos días.

Dryne asintió mientras empezaba a tantear la pared con las manos. Por muy bien hecha que estuviese la puerta, se decía, las ranuras de separación deberían verse a la fuerza.

Había empezado en el lado de la derecha. De pronto, sintió que cedía parte de aquella pared.

—Eh, profesor, venga —llamó, conteniendo difícilmente el júbilo que sentía.

Karlson acudió a la carrera. No menos asombrado que el joven, contempló el trozo de pared, perfectamente enmascarado con el conjunto, que cedía hacia adentro de una forma muy peculiar, girando sobre unas bisagras situadas en la parte superior. La abertura era de sección cuadrada y medía algo más de un metro de lado.

—Tendremos que pasar a gatas —dijo.

—Espera, muchacho, antes de seguir adelante, es preciso ver lo que hay al otro lado. Si se puede, claro —aconsejó Karlson.

Dryne asintió. Empujó un poco más la puerta, a fin de cuentas una trampilla que se alzaba al empujarla con las manos, y entonces divisó algo sorprendente.

* * *

Había un vago resplandor al otro lado, una especie de penumbra que, sin embargo, permitía ver los objetos sin demasiadas dificultades. A partir de la entrada, se iniciaba un canal semicircular, de metro y medio de ancho, en ligera pendiente, que parecía perderse a lo lejos, a unos cien metros de distancia, hundiéndose luego con cierta brusquedad. Dryne adivinó en seguida la utilidad de aquel canal.

Retrocedió un poco y se irguió.

—El agua se acumula aquí afuera. Cuando llega a cierto volumen, su empuje acciona la trampilla y cae a través del canal, hasta algún depósito que no he podido ver todavía.

—Muy ingenioso —sonrió Karlson.

—Es una buena vía de entrada, pero no querría seguir adelante, sin llevar un mínimo de equipo.

—Me parece estupendo, muchacho —aprobó el profesor.

Regresaron al coche, para volver minutos más tarde por el mismo sitio. Dryne empujó resueltamente la trampilla y avanzó a gatas unos metros. El túnel se hizo de repente más amplio y pudo ponerse en pie.

Ya tenía los ojos habituados a la penumbra. Unos metros más adelante, divisó algo que le hizo sonreír. Había un amplio camino, excavado en el subsuelo, que descendía en amplia espiral hacia las profundidades de la tierra. Por curiosidad, siguió un poco más sobre el canal y vio que luego se hacía más inclinado, con una pendiente de 45º aproximadamente, de modo que su término se hallaba sobre un gigantesco aljibe que no medía menos de doscientos metros de lado. Estaba parcialmente lleno de agua y supuso que habría en alguna parte una estación de filtrado. Por su estructura, calculó la profundidad total del aljibe en unos cien metros. Cuando estuviese lleno, podría contener unos cuatro millones de metros cúbicos. Volvió sobre sus pasos y se situó sobre la rampa.

Era de grandes losas y, no cabía la menor duda, había sido construida por los paleomarcianos. Terminaba en una gran puerta, perfectamente disimulada.

—Tal vez descubrieron la caverna y decidieron refugiarse aquí —supuso.

—Pero no todos —dijo el profesor—. Posiblemente, sólo un

reducido grupo, que luego acabó por desaparecer también.

La curva descendente de la rampa era muy amplia y su pendiente no demasiado acentuada. La sección del túnel era superior a los doce metros, lo que permitía la circulación de grandes vehículos. Al cabo de un buen rato, la rampa se hizo recta.

Así caminaron durante cuatro kilómetros, lo que significaba, con una pendiente aproximada del 10°, cuatrocientos metros de profundidad bajo la superficie. A su derecha corría un canal, proveniente del aljibe, por el que se deslizaba rápidamente un hilillo de líquido.

A medida que se adentraban en las profundidades, aumentaba el resplandor y la temperatura. De pronto, cuando ya llevaba una hora de camino, vieron que el camino doblaba casi en ángulo recto, aunque con una curva de gran radio. Al salir de la curva, Dryne calculaba ya la profundidad en unos seiscientos metros, vieron un espectáculo que les dejó atónitos, sin respiración, pese a que ya esperaban ver algo parecido.

CAPÍTULO X

La caverna se extendía en todas direcciones. Gigantescas columnas de piedra sostenían su bóveda, situada en algunos puntos a más de trescientos metros del suelo. El final no se podía divisar, debido a la lejanía. La anchura, estimó Dryne, no era inferior a los tres kilómetros.

El suelo, en general, era llano, con algunas ondulaciones. Con no poco asombro, divisaron plantaciones de distintos vegetales alimenticios. El resplandor provenía de un punto situado a lo lejos, una especie de globo luminoso, muy intenso, un diminuto sol en miniatura que, seguramente, pensó el joven, también daba calor al interior de aquel colosal mundo subterráneo.

—Las plantas crecen con normalidad, debido, sin duda, a emisiones de rayos ultravioletas producidos por ese pequeño sol artificial —apuntó el profesor—. Agua no falta…

—Katryna se quejó de goteras —recordó Dryne—. Esas filtraciones, sin embargo, deben de estar más lejos.

A cierta distancia se divisaban algunos edificios. Dryne comprobó que la temperatura no bajaba de unos 22 °C. Se quitó la máscara un instante y apreció una presión normal de aire. También habría en alguna parte un generador de atmósfera.

De pronto vieron venir a lo lejos un vehículo ocupado por cuatro individuos. Dryne arrastró al profesor hasta unas matas cercanas, tras las cuales se escondieron. El vehículo pasó a unos cien metros de distancia. Sus cuatro pasajeros iban armados con rifles.

—¿Habrán advertido nuestra intrusión? —preguntó.

—Seguro. Hemos abierto la trampilla un par de veces y algo de aire habrá salido al exterior. Si tienen un manómetro muy sensible, le habrá detectado de inmediato.

—Pero eso sucede también cuando entra el agua.

—Entonces lo saben y no ocurre nada. Pero ahora no hay ninguna tormenta.

El coche se alejó velozmente hacia la rampa. De pronto Dryne tocó alguna de las hojas de la planta tras la que se hallaba oculto.

—Vaya, habichuelas gigantes —exclamó.

—Crecerán más de lo normal y con mayor rapidez, debido a la menor gravedad. Pero no deja de ser un elemento nutritivo de importancia.

—Indudablemente. Profesor, lo mejor será que sigamos a través de los huertos. Podemos ocultarnos mejor, en caso necesario.

Karlson asintió. El coche se había perdido de vista.

Indudablemente, sus pasajeros iban a investigar los motivos de aquella momentánea fuga de aire. Los dos intrusos siguieron cosa de un kilómetro. De pronto vieron un espectáculo singular.

Había un grupo de personas, de ambos sexos, todas ellas ataviadas con un burdo mono gris, trabajando en un campo cercano, con azadas y otras herramientas. Un hombre armado los vigilaba indolentemente, situado a la sombra de un árbol de enorme copa. Al ver el árbol, no precisamente el único en aquel sector, Dryne pensó que los emigrantes superteistas habrían llevado consigo toda clase de semillas. «Vinieron aquí en una nueva Arca de Noé», se dijo.

Los trabajadores, apreció, eran sin duda condenados por algún delito. Lo más humillante de todo no eran los grilletes que unían sus tobillos, sino el rapado de su cabeza, operación que se había efectuado sin distinción de sexos.

—Política y socialmente, han retrocedido al siglo XIX —comentó, furioso.

De pronto, uno de los prisioneros se incorporó para aliviar su columna vertebral de la tensión a que estaba sometida, por tener que permanecer inclinado todo el rato. A Dryne le parecieron conocidas aquellas facciones.

—Rayos, si es...

Sonrió para sí. Sylvia Gregory se alegraría infinito cuando supiera que su esposo estaba vivo. Ahora no le cabía la menor duda: los superteistas habían capturado a Greg Gregory, años atrás, y lo tenían allí, no hacía falta ser un lince para adivinarlo, condenado a trabajos forzados por vida.

Se alegró por Sylvia. Aunque ella fuese un tanto casquivana, se debía más bien a las circunstancias de soledad en que se hallaba, pero sabía que se había sentido muy afectada por la desaparición de su esposo, al que amaba entrañablemente. Bueno, ahora habría que estudiar la forma de sacar a Gregory de aquella caverna.

El centinela no parecía preocuparse demasiado por los prisioneros. De pronto se sentó en el suelo y apoyó la cabeza en el tronco del árbol. Los cautivos no se escaparían. Aunque consiguieran llegar a la salida, ¿dónde podrían dirigirse, sin vehículos, sin máscaras de oxígeno, sin ropas de abrigo, en un ambiente hostil, como era el del exterior?

Otro de los prisioneros se irguió también para tomarse unos minutos de respiro. Era una mujer, sus formas se adivinaban a través del burdo traje que vestía. De pronto Dryne se puso a temblar convulsivamente.

—Oh, Dios mío. No puede ser, estoy soñando.

A pesar de la cabeza rapada había reconocido a Katryna Vilo.

* * *

Katryna no le había visto a él. Dryne no quiso comunicar su descubrimiento al profesor. Pasados unos segundos, consiguió dominar sus nervios. Era preciso hacer algo por liberar a Katryna y a Gregory.

Fijó la vista en el centinela. Había acabado por dormirse.

Sigilosamente, Dryne empezó a caminar, dando un amplio rodeo, hasta que logró situarse al otro lado del árbol. Uno de los prisioneros le vio y en su rostro apareció 1a sorpresa. Dryne le hizo señales con la mano y se puso un dedo sobre la boca, recomendando silencio. Pegado al tronco, avanzo un par de pasos más y, bruscamente, abatió su puño derecho sobre la sien del guardián, que se desplomó en el acto.

Entonces, salió al descubierto.

—Katryna —llamó.

La muchacha se irguió. Volvió la cabeza. Primero abrió la boca. Luego sus bellos ojos se llenaron de lágrimas.

—Oh, Basil.

Dryne corrió hacia ella.

—Estás viva, Katryna, y yo te creía muerta.

Alguien, súbitamente, emitió una rotunda interjección.

— ¡Por todos los diablos! ¡Si es Basil Dryne! —exclamó Gregory.

El joven se volvió, sonriendo, y tendió la mano al prisionero.

—Greg, me alegro de verte —dijo—. Luego hablaremos.

—Esto es increíble...

—Ya hablaremos —insistió el joven. Con el rifle colgado del hombro, puso sus manos sobre los brazos de la muchacha—. Esto me parece un milagro, Katryna. Vi tus restos, destrozados por una horrible explosión.

—¿Te refieres a los cuatro que murieron cuando atacaron a unos buscadores de ruinas? ¿Eras tú uno de esos buscadores?

—Sí. Volví a Marte, porque hay un hombre que me lo pidió. Pero uno de los que me atacaron era mujer, tenía el pelo rubio... y en su mano vi el anillo que te había regalado.

—Era Elyna Schorka, la hija del presidente de nuestro gobierno. Nos parecíamos un poco.

—Pero... la sortija...

—Me la quitaron, al condenarme a trabajos forzados.

—¿Por qué te condenaron? —se asombró él.

—Por intolerantes —terció Gregory—. Hay tipos que no pueden soportar que otros piensen de distinta manera.

—¿Es cierto eso, Katryna? —preguntó el joven—. ¿Acaso has variado de pensamiento en materia religiosa?

—Bueno, yo declaré que había otros con derecho a sus propias creencias religiosas —contestó ella, ruborizándose—.

Además, me tenían ojeriza por haber fracasado contigo. Y, por si fuera poco, me vieron la sortija.

—Un lujo que una ciudadana particular no podía permitirse, pero si la hija del «leader» de los fanáticos, ¿verdad?

Katryna asintió. Gregory volvió a intervenir:

—Basil, ¿cómo van las cosas por allá fuera?

—Bien, tu mujer sigue tan guapa como siempre. En otros aspectos, hay jaleo. Parece que cierto grupo de fanáticos quieren expulsar a los terrestres y han empezado su guerra particular.,

—Son menos de los que crees —manifestó Gregory, después de que el joven le hubiese hecho un relato sucinto de lo ocurrido—. La gente aquí empieza a cansarse de vivir en un subterráneo. No cabe duda que es un lugar agradable, resguardado, con todas las comodidades... pero saben lo que sucede en el exterior y quieren tomar contacto con otras gentes. La religión, dicen, no debe ser obstáculo para las relaciones con quienes tienen otras creencias.

—Y no se lo permiten —dijo Dryne.

—Ahora ya no se trata estrictamente de religión, sino de poder político. Schorka y su camarilla saben que, si aflojan la mano, se verán convertidos en unos ciudadanos particulares y ello les resulta insufrible.

Dryne volvió los ojos hacia la muchacha.

—Así es —confirmó Katryna.

—Algo tendremos que hacer —dijo el joven—. Yo tengo afuera el vehículo, pero no es suficiente para todos.

—Podrías volver a Terraport y avisar de lo que sucede. El gobernador general enviaría fuerzas.

Dryne rechazó de plano la sugerencia de Gregory.

—Habría una batalla y se producirían muchas víctimas —dijo—. Aparte de que, en cierto modo, sería una invasión de un territorio ajeno. El gobernador no querría complicaciones políticas.

—Diablos, yo estoy preso aquí injustamente —protestó Gregory —. No niego que los superteístas sean dueños de esta caverna, pero no son los propietarios de Marte. Y a mí me capturaron en el exterior, no dentro de esta maldita cueva.

—Por contento puedes darte, Greg; ahora ya se han decidido a matar en lugar de hacer prisioneros.

—Si pudiéramos provocar una sublevación...

—Hay un modo de conseguirlo —intervino súbitamente uno de los prisioneros.

Dryne se volvió hacia el hombre. Era joven, fornido, de agradable aspecto.

—Pasado mañana se celebra la fiesta de La Llegada —continuó el prisionero, que dijo llamarse Robert Grattan—. Es el aniversario de la llegada de nuestros antepasados a Marte.

—Y todo el pueblo se congrega en una gran plaza para dar gracias a Superdiós —añadió Katryna—. Pero, en los últimos años, las implicaciones políticas se habían hecho demasiado evidentes y las cifras de asistencia eran cada vez más decepcionantes.

—Robert, tú tienes una idea al respecto —dijo el joven—. ¿Por qué no acabas de exponerla?

—Una protesta general, no hay otra solución. Pero sería preciso avisara los descontentos…

—Nuestras familias tendrán permiso para visitarnos esta noche y mañana —dijo otro de los prisioneros—. Podríamos correr la voz. Hay más descontentos de lo que parece, sobre todo, porque el año pasado ya no se celebraron elecciones para renovar el consejo de gobierno. Ellos mismos autoprorrogaron su mandato. Hubo algunas protestas y fueron duramente reprimidas.

—Él es un ejemplo de lo que pasó después de las protestas —manifestó Grattan—. Y yo también y, salvo Gregory y Katryna, todos los demás. Pero no somos los únicos. Hay dos grupos más en distintos campos.

—Todos ellos, condenados por protestar y, seguramente, jóvenes.

—También hay algunas personas de edad. Pero no vemos la solución —dijo Grattan desanimadamente—. Tienen la fuerza.

—En este caso, no sólo es el número, sino la razón —exclamó Dryne apasionadamente—. De todas formas, la idea de la protesta el día de la reunión es buena.

Tomó la mano de Katryna y la miró fijamente.

—¿Podrás aguardar dos días más?

Ella asintió con los ojos húmedos. Dryne sonrió.

—Estás muy fea con la cabeza al rape —añadió.

Katryna se sonrojó vivamente.

—Nos cortan el pelo cada semana —explicó.

—Al menos, son amantes de la higiene —dijo Gregory con sorna —. Cuidado, Basil; el centinela parece que se mueve.

—Nos veremos pasado mañana —exclamó el joven—. Por cierto, si hay presos, habrá una cárcel...

—Está en la entrada de la ciudad —indicó Katryna—, En ese lugar, es el único sitio donde se ve un centinela ante la puerta.

—Muy bien, allí nos veremos. Paciencia a todos —se despidió el joven precipitadamente.

Momentos después, se reunía con el profesor, quien continuaba en el mismo sitio.

—¿Qué te han dicho? —preguntó en voz baja.

Dryne le relató los diálogos sostenidos con los prisioneros. Karlson maldijo entre dientes.

—Schorka —masculló—. Si le pusiera la mano encima...

—Sólo faltan cuarenta y ocho horas. Mire, ahí vuelven los que fueron a la entrada.

El coche con los cuatro guardias se detuvo a los pocos instantes. El centinela, aún aturdido, se acercó a sus compañeros.

—¿Había alguien? —preguntó.

—No. Fue una falsa alarma —respondió el conductor. Y se echó a reír—: Algunos tienen los nervios a flor de piel y creen que los terrestres nos van a invadir.

El centinela se rascó la cabeza.

—A veces pienso si no sería mejor —dijo, dubitativo.

—No seas estúpido. Tú eres un marciano; los otros son extranjeros y hay que expulsarlos de este planeta.

—¿Sí? ¿A base de tiritos? ¿Con carteles imbéciles? Si el jefe, Schorka, tuviera dos dedos de frente, se apresuraría a entablar relaciones con el gobernador general de Marte. Porque si se le ocurre armar una guerra, y la Tierra empieza a enviar tropas, ya me dirás tú en qué puede acabar este estado de insensatez absoluta.

El conductor miró severamente al guardia.

—Reihenn, si sigues así, tendré que informar de tus opiniones —dijo.

—Pero, diablos, ¿es que nunca vamos a poder hablar libremente? Yo no me meto con los asuntos religiosos; lo que quiero es expresar libremente, con entera libertad, lo que pienso, guste o no a los otros. —Meneó la cabeza—. No vinieron aquí nuestros antepasados

para seguir en la intolerancia que a ellos les había arrojado de la Tierra —añadió sombríamente.

—Está bien, Reihenn; sigue tu trabajo y vigila a los prisioneros —se despidió el conductor, a la vez que pisaba el acelerador.

CAPÍTULO XI

Ocultos entre la vegetación, Dryne y Karlson conferenciaron brevemente.

—Las cosas no son tan sencillas como creen Schorka y los suyos —dijo el joven.

—Las opiniones mudan con los tiempos —respondió Karlson sentenciosamente—. Sin embargo, es evidente que hemos llegado en una época de cierta agitación social. Probablemente, la mayoría de los superteistas, por no decir todos, siguen aferrados a sus creencias religiosas, pero ahora empiezan a darse cuenta de que alguien quiere mezclar la política con la religión, y eso nunca da buenos resultados. A menos que se apriete la mano.

—Pero, a la larga, es preciso abrir esa mano.

—Sí. Bien, profesor, en este mundo subterráneo se ha formado un absceso, y es preciso esperar a que reviente. Aunque, claro, nosotros podemos colaborar bastante en ello.

—¿Tienes algún plan?

—Lo primero de todo, liberar a los prisioneros, pero es preciso aguardar casi veinticuatro horas. Oiga, mire... —exclamó Dryne repentinamente.

La intensidad de la bola luminosa había decrecido un tanto. Karlson estudió el fenómeno durante algunos segundos. No tardó en llegar a una conclusión.

—El ser humano condicionado, por millones de años, un periodo de luz y otro de oscuridad, lo mismo que los animales y las plantas. Un sol que brillase continuamente, resultaría, a la larga, no ya pernicioso, sino mortal.

—Es cierto —murmuró Dryne.

—Por tanto, en alguna parte, seguramente en donde están los generadores que proporcionan energía a ese sol artificial, hay un aparato que actúa automáticamente, elevando o reduciendo la cantidad de luz y calor, a fin de que, incluso en esta caverna, se produzca un fenómeno semejante al del día y de la noche, en la Tierra.

La luz descendía paulatinamente. De pronto, asombrado, Dryne vio que gran parte del techo se tornaba gradualmente de color oscuro, y que en ella aparecían unos puntitos luminosos.

—Igualito que en la Tierra —dijo.

—Alguien, en tiempos, construyó un planetario, quizá para hacer más fácil la existencia en este mundo subterráneo —apuntó Karlson.

—No sólo de sol vive el hombre, sino también de la luz de la luna y de las estrellas —parafraseó Dryne jovialmente.

Las tinieblas se hicieron finalmente, aunque no de un modo absoluto. Había una pequeña luminiscencia, que permitía divisar las cosas sin demasiada dificultad. La temperatura bajó algunos grados, pero no se hizo incómoda.

—Bien —dijo Dryne—, será cosa de acampar aquí. He traído algunas provisiones.

De pronto, se interrumpió. Por la cercana calzada avanzaba un vehículo, con los faros encendidos. El coche se detuvo bruscamente a poca distancia, y un hombre saltó al suelo. Agazapado entre la vegetación, Dryne trató de ver lo que sucedía.

—Esta vez no podéis fallar —dijo el hombre que se había apeado —. Lleváis explosivos suficientes para volar cuatro cúpulas por lo menos. Así sabrán esos intrusos quiénes son los verdaderos dueños del planeta. ¡Viva Marte!

— ¡Viva! —contestaron, al unísono, los ocupantes del coche.

Dryne se quedó aterrado. Si los superteistas conseguían sus propósitos, Miles de personas podían morir horriblemente. Terraport estaba compuesta por una cincuentena de cúpulas, y cuatro de ellas estaban destinadas a una destrucción total.

El hombre se alejó. Dryne se volvió hacia Karlson.

—Tengo que hacer algo para evitar la catástrofe —dijo.

—¿Vas a perseguirlos? Son ocho, y todos ellos, armados...

—Alguien se las entenderá con esa pandilla de bárbaros. Profesor, quédese aquí, y no se mueva hasta mi regreso. Hay algo que se llama radio, y que puede poner sobre aviso al gobernador general, para que disponga lo suficiente y evite la catástrofe.

—De acuerdo. Buena suerte, Basil.

El coche con los superteístas se había alejado ya. Dryne empezó a andar. Mientras caminaba con paso firme, sacó un trozo de galleta y comió, porque necesitaba de todas sus energías. Eran más de doce kilómetros, y, aunque se sentía cansado, sabía que no podía tomarse un momento de respiro, antes de emitir la llamada de alarma.

Lo único que le preocupaba, en aquellos momentos, era su coche. Si lo descubrían… Pero confiaba en que el vehículo pasaría desapercibido a los ojos de quienes no esperaban ver semejante artefacto, tan cerca de la entrada a la ciudad subterránea.

* * *

El coche se detuvo a unos tres kilómetros de distancia de Terraport, que aparecía brillantemente iluminada. Las cúpulas semejaban enormes bolas de luz, parcialmente enterradas en el suelo. En su interior, bullía la vida. Cincuenta cúpulas albergaban más de

cien mil terrestres.

A lo lejos, se divisaban las luces del astropuerto. Una nave se disponía a aterrizar, y su casco estaba vivamente iluminado por media docena de gigantescos reflectores, que seguían puntualmente su descenso. Los componentes del grupo de asalto se dispusieron a desembarcar.

Una vez equipados, con los fusiles y los explosivos situados en las mochilas que llevaban a la espalda, descendieron del coche, uno a uno. Entonces, súbitamente, varios focos de luz les dieron de lleno:

Un altavoz bramó:

—Están rodeados. Tiren las armas y levanten los brazos. Ríndanse, no tienen escapatoria.

Los superteistas se quedaron estupefactos. De pronto dos de ellos levantaron sus fusiles.

Estalló una descarga cerrada. Dos cuerpos rodaron por tierra instantáneamente.

—No bromeamos —dijo la misma voz—. Esto es más serio de lo que se cree ese loco de Otto Schorka. ¡Por última vez!

Ya no hubo más resistencia. Seis fusiles cayeron al suelo. Los superteistas, resignados y frustrados, pero también asustados, vieron las sombras que avanzaban hacia ellos, fusil en mano.

En pocos segundos, fueron despojados de las mochilas con los explosivos. Uno de los fracasados atacantes, sin embargo, se atrevió a formular una pregunta:

—¿Qué harán con nosotros, ahora? ¿Nos condenarán a muerte?

El jefe de los policías se echó a reír.

—Muchacho, tú nos has tomado por salvajes —contestó.

—Pero ¿cómo han sabido…?

—Ah, eso es un secretito que no puedo decir, por ahora.

—Hay traidores entre nosotros —exclamó el superteísta rabiosamente.

—Dentro de unos meses, te alegrarás del cambio que se va a operar en tu vida. Esos pobres idiotas —miró a los muertos—, no podrán decir lo mismo.

Tomó el transmisor que llevaba consigo y llamó:

—Gobernador, la operación ha finalizado con éxito total. Bajas propias, ninguna. Bajas del adversario, dos muertos y seis prisioneros. Informe a nuestro agente, por favor.

Apenas cinco minutos más tarde, Dryne recibió una llamada, en su coche.

—El ataque ha fracasado. Dos muertos, seis prisioneros. Gracias, Dryne.

—Enterado —contestó el joven—. Sigo con mi plan.

—Buena suerte.

—Gracias, señor.

Satisfecho por completo, Dryne cortó la comunicación, se equipó rápidamente y corrió hacia la entrada al subterráneo. Pasó a través de la trampilla con la máxima rapidez posible y, sin perder un instante, corrió en busca del profesor Karlson.

Una hora más tarde, se reunía con Karlson.

—Ya no hay peligro en Terraport —informó.

—No sabes cuánto me alegro, muchacho —sonrió el lingüista—. Bien, ¿qué hacemos ahora?

Dryne consultó su reloj.

—Son las dos de la madrugada —dijo—. Es hora de asaltar la cárcel.

* * *

El centinela se paseaba aburridamente a lo largo de la fachada de! edificio, con el fusil indolentemente colgado del hombro. Había algunas luces en distintos puntos, lo que confería al panorama un aspecto típicamente terrestre, sobre todo, si se miraba a la bóveda de la caverna, en la que una hábil proyección de imágenes producía la sensación de tener el cielo a la vista.

El centinela llegó a la esquina y se volvió. Entonces, un poderoso brazo ciñó su cuello, impidiéndole hablar. Dryne hizo presión hasta que sintió que cesaban todos los movimientos del vigilante. Arrastró al sujeto y lo registró, hasta encontrarle una llave en uno de los bolsillos.

—Vamos, profesor.

Karlson se apoderó del fusil del centinela. Dryne abría ya la puerta de la cárcel.

Por un momento, pensó que habría una especie de cuerpo de guardia, pero pronto vio que estaba equivocado. Los miembros de la clase dominante estaban muy seguros de sus prisioneros. Al otro lado de la puerta había, simplemente, una hilera de camastros, en las que dormían todos los condenados, sin separación de sexos.

Dryne dio un par de palmadas.

—Arriba, muchachos —dijo jovialmente—. Es la hora de ir al trabajo.

Uno tras otro, todos los prisioneros fueron incorporándose en los camastros. Katryna vio al joven, y lloró de alegría.

—Basil...

Gregory se levantó de un salto.

—Amigo, dame ese fusil —pidió—. Si hay tiros, yo también tomaré parte en el jaleo.

Dryne sonrió. Katryna se le acercaba, con lágrimas en los ojos.

—Se han acabado tus penas —anunció.

Ella se mordió los labios.

—Pero yo sigo creyendo...

—Eso no tiene importancia ahora. Nadie te forzará a abandonar tus creencias, y yo, menos que nadie, por supuesto.

Grattan se acercó al grupo.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

—Schorka envió un comando de sabotaje, para volar cuatro de las cúpulas. Pude avisar por radio, y los sorprendieron. Dos han muerto y el resto han sido hechos prisioneros.

—Lo sabe Schorka?

—Todavía no. Aunque hubieran conseguido realizar las voladuras, no habrían tenido tiempo de regresar.

—Quizá espera anunciarlo durante la fiesta. Eso le devolvería buena parte del prestigio perdido.

—Oirá todo lo contrario —sonrió Dryne—, ¿Habéis hablado con otras personas?

La respuesta fue afirmativa. Había gran número de superteístas que estaban dispuestos a rebelarse contra Schorka y su consejo de gobierno.

Dryne se volvió hacia la muchacha.

—Katryna, pronto te crecerá el pelo —dijo significativamente.

Ella se puso colorada.

—Es lo de menos —contestó—. Me conformo con ser libre…

—Ya lo eres —dijo Dryne, con voz firme—. Robert, ¿a qué hora es el relevo del centinela?

—Este que has sorprendido hacia el último turno. Ya no vendrá otro hasta el amanecer.

—Y os llevarán al trabajo...

Grattan rió sarcásticamente.

—Schorka es muy generoso; hoy nos permite descansar —respondió.

—Entonces, aguardaremos al relevo. Robert, sal fuera con algunos compañeros, y entra al centinela. Está desmayado solamente, aunque le dolerá el cuello una temporada.

El relevo llegó a las seis de la mañana, y se extrañó mucho de no ver un centinela ante la cárcel. Al asomarse para ver qué sucedía, dos fuertes manos lo asieron del cuello, y tiraron violentamente de él hacia adentro.

La fiesta de La Llegada empezaba a las nueve. Karlson iba de prisionero en prisionero, indagando sobre los «translatores», pero ninguno de ellos tenía la menor noticia de semejantes aparatos.

—Ese bandido de Schorka es capaz de haberlos escondido Dios sabe dónde —masculló, enfurecido—. Pero yo los encontraré, aunque tenga que molerle las costillas a palos.

Dryne se echó a reír. Resultaba curioso que un lingüista se

preocupase tanto por unos aparatos que tenían mucho que ver con la Física Superior.

Luego se volvió y miró a Katryna. Pasó una mano por su cintura. Ella se ruborizó, pero no protestó. Dryne empezó a ver ciertas perspectivas rosadas en su futuro.

CAPÍTULO XII

La plaza era grande, espaciosa, rodeada por edificios de sencillo aspecto. En el centro había una especie de pirámide, pequeña, truncada en la parte superior, a la que se ascendía por cualquier sitio, ya que estaba formada por sucesivas capas de piedra, que formaban escalones de unos veinte centímetros de altura.

La gente se congregaba lentamente en aquel vasto espacio descubierto. Katryna, Dryne, el profesor Karlson, Grattan y los demás prisioneros se confundían con la multitud. En torno a la pirámide había guardias armados.

Reinaba un silencio casi total. Dryne pudo darse cuenta de que muchos de los asistentes lo hacían obligadamente. A pocos importaba ya una fecha que no les decía nada. Posiblemente, pensó, de no haberse corrido la noticia de que buen número de superteistas, estaban dispuestos a sublevarse, no habría acudido al festejo la tercera parte de la población de aquel mundo subterráneo, sostenida en la intolerancia y en la intransigencia por un grupo de hombres sin escrúpulos, que querían mantener su ascendiente y su poder, por encima de toda consideración de tipo moral.

Rumores y murmullos se elevaron de pronto, cuando dos docenas de personas, hombres y mujeres, se dirigieron hacia la pequeña pirámide, a través del ancho pasillo abierto por los espectadores. Otto Schorka era el hombre alto y severo a quien Dryne había visto impartiendo órdenes a los fracasados saboteadores.

Con aire majestuoso, Schorka subió hasta la plataforma superior. Los demás que le acompañaban quedaron cuatro escalones más abajo. Tras unos segundos de pausa, Schorka extendió sus brazos y clamó:

—¡Hombres y mujeres de Marte, los verdaderos marcianos. yo os saludo! Hoy, una vez más, vamos a celebrar la fiesta de La Llegada, para conmemorar el día en que, venturosamente, nos libramos de la opresión y la crueldad de los hombres de la Tierra, de los infieles, de los descreídos, de los herejes que adoran a un solo Dios, a muchos dioses o, simplemente, son ateos. Ellos nos martirizaron cruelmente, y sólo al llegar a Marte encontramos la verdadera libertad.

»Pero después, vinieron otros terrestres y se establecieron aquí, en nuestro planeta, en un mundo que es nuestro y nos pertenece absolutamente. Y todos son infieles y herejes, y es preciso que luchemos para expulsarlos y que se vuelvan a su planeta infernal. La lucha ha comenzado, y pronto terminará con nuestra victoria total, con la victoria de los que creen en Superdiós. Y para convenceros de que estoy diciendo la verdad, habéis de saber que ocho valientes partieron para una misión peligrosa, que ya han ejecutado, volando

cuatro cúpulas de Terraport, la ciudad del diablo...

— ¡Eso es mentira! —gritó Dryne súbitamente.

Schorka se quedó pasmado de asombro. Resultaba evidente que no estaba acostumbrado a que le interrumpieran en medio de uno de sus inflamados discursos.

—¿Quién me acusa de mentiroso?

—Yo —contestó el joven—. De los ocho que enviaste en misión de sabotaje, dos han muerto y los demás han sido hechos prisioneros. Los nombres de los muertos son Harvis y Roddenley…

Una mujer chilló desesperadamente.

—Mi hijo... ha muerto...

—¡Es mentira, mujer! —bramó Schorka—. Ese hombre es un provocador, un traidor a nuestra sagrada causa...

—Schorka, ¿dónde están los «translatores»? —preguntó Karlson súbitamente.

El jefe de gobierno se desconcertó.

—No he oído hablar nunca de esos aparatos.

—Estaban en las ruinas que hay a cien kilómetros al sudoeste, precisamente, en el mismo sitio en donde una explosión mató a cuatro muchachos, tu hija uno de ellos. ¿Por qué escondes unos aparatos que pueden reportar enormes beneficios a tu gente?

Un hombre se adelantó súbitamente.

—Schorka, dijiste que venceríamos fácilmente. Mi hijo murió en esa explosión. Explícanos por qué hemos de pagar con muertes el mantenimiento de una doctrina que, verdadera o no, y yo creo que es verdadera, para que no te llames a engaño, no puede ser contrastada con otras creencias. Soy superteísta, pero pienso que otros tienen derecho a poseer distintas creencias religiosas.

Sonaron fuertes murmullos de aprobación. Dryne sonrió satisfecho. La oposición era más fuerte de lo que se pensaba.

—Ya no hay intolerancia —exclamó con voz poderosa—. Cualquiera puede tener sus propias creencias, sin ser molestado por ello.

—Y queremos relacionarnos con los terrestres, aunque nos guste seguir viviendo aquí —añadió otro hombre.

—¡Queremos elecciones! —gritó alguien.

Fue un clamor unánime. Schorka estaba rojo de ira.

—Mandaré hacer fuego, si no calláis...

—Será una matanza, y nadie te lo perdonaría —chillaron algunos.

—Dimite, dimite...

Karlson se adelantó algunos pasos, y trepó media docena de peldaños, para ser visto por la mayoría de los presentes.

— ¡Escuchadme unos minutos, por favor! —pidió—. En las

ruinas donde murieron hace pocos días cuatro muchachos, engañados por este miserable, había dos aparatos que permiten la traslación instantánea de la materia. Vuestro jefe los ordenó traer aquí en secreto, y los ha escondido en alguna parte, para no permitir que su pueblo disfrute de los beneficios de ese maravilloso invento. Para seguir manteniendo sobre vosotros su dictadura, en suma.

»Y eso no fue lo que se acordó, cuando cuatrocientos emigrantes llegaron aquí, desde la Tierra. Se estableció una religión, cierto, pero también se acordó que siempre habría libertad, y que nadie podría forzar a otro a pensar de esta o aquella manera. En los últimos años, sin embargo, las cosas han ido cambiando gradualmente, porque algunos tenían miedo del contacto con gente del exterior, y empezaron a influir en vosotros para volveros de nuevo a la intolerancia. Eso es algo que no debéis permitir, por más fusiles que os apunten.

Sobrevino una pausa de silencio. De pronto. Schorka lanzó un grito de rabia:

— ¡Soldados, disparad contra los incrédulos y herejes!

Hubo un terrible momento de tensión. Gregory, junto a Dryne, preparó su fusil.

Iba a producirse la matanza, pensó Dryne tristemente. Habría un sangriento estallido, y luego, un caos absoluto. ¿Había obrado bien?, se preguntó afligidamente.

Pero, inesperadamente, los guardias bajaron sus armas.

— ¡Fuego, fuego! —aulló Schorka, descompuesto.

Algunos de los soldados empezaron a abandonar la base de la pirámide. Parte de los componentes del cortejo de Schorka presintieron lo que iba a suceder, y escaparon de aquel lugar.

Schorka parecía haber enloquecido. Súbitamente, bajó la escalinata a saltos, y se precipitó sobre un soldado, al que arrebató el fusil con terrible violencia. Estaba poseído por la rabia y la frustración más absolutas. Ya no era nadie, ya no ostentaría más un puesto preeminente; ya no podría seguir gobernando aquel pequeño mundo, a su antojo.

Cuando levantaba el fusil, sonó un disparo.

Schorka se tambaleó, con la sorpresa reflejada en su rostro.

—Siempre fui bueno... quise lo mejor para vosotros... —dijo, mientras se le doblaban las rodillas.

Gregory escupió a un lado.

—Eso es lo que piensan siempre los tipos de esa calaña —rezongó—. Confunden el propio bienestar con el de los demás, y así suceden luego las cosas que suceden.

Se volvió hacia Dryne y sonrió.

—Tenía que desquitarme de los cinco años que he pasado aquí,

cavando como un labriego —añadió.

La multitud empezaba a dispersarse. Se veían caras nuevas, alivio en casi todos los rostros.

Algunas mujeres sollozaban amargamente, sin embargo. Habían perdido algún hijo, algún novio… Otras trataban de consolarlas. Ya no habría más muertes por un sentimiento de intolerancia, que en los comienzos del siglo XXIII ya no tenía razón de existir.

* * *

El profesor Karlson examinaba los «translatores», con aire arrobado. Algunos superteístas estaban con él. Dryne y la muchacha llegaron para despedirse del profesor, que iba a quedarse una temporada en el mundo subterráneo.

—En alguna parte deben de estar las instrucciones para hacer funcionar los «supertranslatores» —decía Karlson en aquel momento —. Será cosa de encontrarlas y construir aparatos que permitan la traslación instantánea, no sólo de cosas, sino de personas y animales vivos. ¡Ah, hola, Basil! —saludó—. ¿Cómo estás, Katryna?

La muchacha se pasó la mano por la cabeza.

—Hoy tocaba peluquería —rió alegremente.

—Dentro de un par de meses, parecerás otra. Además, en Terraport podrás comprar alguna peluca… Supongo que vais allí —dijo Karlson.

—Sí. Katryna quiere conocer la Tierra. Pero acaso volveremos un día a establecernos en Marte. Tengo proyectos…

—Eso es estupendo —sonrió el lingüista—. Os haré un buen regalo de boda.

—Profesor, usted es un tipo muy astuto. Sospecho que nos oculta cosas muy importantes. Y, me parece, es hora de conocer ya la verdad —dijo el joven—. No concibo a un lingüista interesándose tanto por unos aparatos como los «translatores»… y los «supertranslatores».

Karlson se echó a reír.

—Es cierto —contestó—. La historia empieza cuando un hombre llamado John Joseph Vilo, hace algo más de doscientos años, llegó a Marte, con una de las primeras expediciones exploratorias. Vilo encontró cierta máquina, cuyo objeto no supo comprender entonces, pero poseía una mente privilegiada, y consiguió averiguar su funcionamiento.

»A su regreso a la Tierra, empezó a construir otra máquina igual, en un lugar secreto. Ya se había desatado la ola de intolerancia contra quienes creían en Superdiós, y Vilo era superteista. Si los perseguidos querían emigrar, no podían hacerlo en astronaves, porque no las había en cantidad suficiente. Por tanto, tenían que utilizar el «supertranslator».

—¿Quiere decir que ya entonces…? —exclamó Dryne, pasmado de asombro.

—Sí. Como digo, Vilo consiguió descifrar el secreto de esas maravillosas máquinas. Seguían en funcionamiento, a pesar de que sus constructores habían muerto doscientos mil años antes o más. Los paleomarcianos supieron construir generadores de duración realmente ilimitada. Y así, todos los superteistas, fueron viniendo, uno a uno, a este planeta.

—Pero los actuales no sabían nada de los «translatores» —adujo Dryne.

—La mayoría de los que vinieron, eran personas formadas. Apenas si trajeron niños. Acordaron guardar silencio sobre el particular.

—Ya entiendo. No querían que nadie pudiera volver a la Tierra.

—En parte sí, pero, por otra parte, tampoco hubieran podido hacerlo.

—¿Por qué?

—Verás, con el «translator» sucede lo mismo que con el telégrafo corriente y con la radio y la televisión. Cuando se inventó el telégrafo, no hubiera servido de nada crear una sola estación emisora de mensajes en el sistema Morse. Se necesitaba otra, por lo menos, para recibir dichos mensajes, ¿no es así?

—Cierto, profesor.

—Igual pasa con la radio. Las emisoras no sirven de nada, si no hay receptores, para que haya personas que escuchen canciones, música, discursos…

—Creo que empiezo a comprenderle, Olaf.

—Celebro que digas eso. En Marte había un «translator» que podía funcionar, siempre que en otra parte hubiese un segundo aparato idéntico, que le enviase mensajes… en forma de personas de carne y hueso. Debo aclararte que los «translatores» que tú encontraste son de un modelo muy primitivo, que sólo servía para la materia inanimada. Estos aparatos son a los «supertranslatores» lo que el telégrafo primitivo es a la televisión.

—Una comparación muy acertada. Por lo visto, los paleomarcianos habían sabido solucionar el problema de enviar los seres vivos, inteligentes o no, a través del espacio.

—Exactamente. Bien, si había un «translator» en Marte, se necesitaba otro en la Tierra. Y se construyó. Pero, al mismo tiempo, se quería que el secreto quedase celosamente guardado, al menos durante el tiempo necesario para que los descendientes de aquellos emigrantes tuvieran la seguridad de que no iban a ser más perseguidos. Por tanto, alguien tuvo que cerrar la puerta de una casa que quedaba abandonada. Alguien tuvo que quedarse en la Tierra,

para manejar el «supertranslator» hasta que hubiese partido el último emigrante. Alguien, en fin, tuvo que sacrificarse por los demás.

—Y usted sabe quién…

—Se llamaba Haakon Karlson.

Hubo un instante de silencio. Dryne sonrió.

—Su antepasado —dijo al cabo.

—Sí. El tatarabuelo Haakon destruyó el aparato, cuando hubo partido el último de los emigrantes. Se sacrificó con gusto por sus amigos, por sus camaradas… De él no se sabía que fuese superteista, y nadie le molestó después. Más adelante, contó la historia a su hijo, y éste al suyo… y hace unos cien años, todos los documentos, todos los planos, grabaciones sonoras y filmadas, que hubieran permitido construir nuevos «translatores», desaparecieron por completo en un incendio que redujo nuestra casa a cenizas. Nada, nada se salvó.

—Y por eso usted tenía tanto interés en esos chismes.

—Sí. La historia corrió de padres a hijos, aunque ninguno de los descendientes de Haakon mostró interés por encontrar a los emigrados. Era ya una vieja historia, sin importancia… hasta que descifré las tablillas que tú habías encontrado.

—Bueno —dijo Dryne—, ahora ya está todo aclarado. Olaf, espero que algún día volvamos a vernos de nuevo. Karlson alargó la mano hacia el joven. —Marte tiene un gran atractivo para mí —confesó—. Hay mucho trabajo para un hombre como yo. En alguna parte tiene que estar la historia de esta ciudad subterránea, construida por los paleomarcianos, con su pequeño sol, que aún sigue funcionando al cabo de dos mil quinientos siglos. Si la encuentro, la traduciré…

—Y me enviará un ejemplar.

—No lo dudes, muchacho.

* * *

Fuera, rugía la ventisca. Pero era una tempestad terrestre. Dryne y su esposa estaban en la Tierra. Algún día, quizá, volverían a Marte.

Sentado frente a la chimenea, en la que ardían alegremente un par de gruesos troncos, Dryne terminaba la lectura de un libro publicado recientemente y cuyo autor, cumpliendo la promesa hecha un par de años antes, se lo había enviado, hacía apenas una semana.

El libro tenía un título muy sugestivo:

Auge y decadencia de Marte,
por el
profesor O. Karlson.

Era un libro realmente apasionante. Las últimas páginas eran

transcripción de un documento escrito por uno de los últimos marcianos. Era un final de un patetismo estremecedor.

Katryna entró en la sala, y se sentó en el diván, junto a su esposo.

—El niño duerme —informó suavemente.

Dryne le pasó una mano por los hombros. Ella se reclinó sobre su esposo.

—Soy inmensamente feliz —murmuró.

Atrás quedaban la intolerancia y el fanatismo. Ahora reinaban la comprensión y el amor.

Guardaron silencio. Dryne tenía la vista fija en las últimas líneas del libro:

> ***…y aunque sé que muy pronto voy a morir, que nadie más sobrevivirá a una civilización que fue lo suficientemente estúpida para lanzarse a una guerra de exterminio total, sé también que un día Marte resurgirá de sus cenizas y volverá a ser poblado y habitado por gentes que sepan verdaderamente qué es la paz y el amor fraternal. Quizá, de ese planeta azul, el tercero de nuestro sistema, cuyos habitantes apenas acaban de descubrir el fuego, lleguen un día gentes que vuelvan a repoblar este desgraciado planeta y lo conviertan de nuevo en un emporio de riqueza y sabiduría. Y entonces, en estas llanuras hoy desoladas, volverá a resonar el grito con el que cierro definitivamente mi relato:***
>
> ***¡VIVA MARTE!»***

FIN